





FLAQUEZAS HUMANAS

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.......	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar)...............	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **Laciencia y el corazón.—Milord** (Narraciones)...................	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición)...........................	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — La doncella práctica.** (Narraciones.)..........	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela), **Cuentos alegres**...................	3
VIII.	**Notas íntimas de Madrid y París**..	3
IX.	**La miseria en un tomo.** **Cuentos y sucedidos**..............	3
X.	**Arpegios** (Poesías). **Noches en vela** (Poesías). **Teruel** (Recuerdos de viaje)........	3
XI.	**Malas costumbres.** (Apuntes de mi tiempo.)........................	3

Imp. y Enc. de J. Rueda.—Huertas, 58, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XII

Flaquezas humanas.

(COSAS DEL OTRO JUEVES)

Ellos y ellas.

(CHISTES... INTERNACIONALES)

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

Sale á luz la segunda edición de este libro, por obra y gracia de mi editor D. Fernando Fé, cuando yo menos lo esperaba. Es causa de esta novedad haberse agotado la edición primera; de modo que no fuera yo cortés si no diera las gracias á mis lectores.

Como en mi libro de *Malas costumbres,* lo que en éste se refiere es copia exacta de la vida real. Las *flaquezas* son originales que me prestan mis contemporáneos; yo no hago más que suprimir en ellas lo que por demasiado grave no puede decirse. Creo firmemente que el autor moderno, lejos de ser exagerado, tiene que ser comedido: tal es la vida de nuestro tiempo.

¿Es esto pesimismo? No, sino franqueza. Recuerdo que en cierta ocasión, después de ver representado un proverbio mío, decía un crítico

que era imposible que en el mundo real sucedieran ciertas cosas que en mi obra pasaban.

Una dama de la alta sociedad de Madrid venía á visitar á otra á las tres de la mañana, tomaban una taza de té, hablaban con sobrada claridad de las aventuras galantes de sus amigas...

Y el crítico decía:—¡No puede ser!

Y es que él se acuesta á las nueve y media, oye hablar de estas gentes sin conocerlas, las ve muy espetadas en sus coches ó en sus palcos, y no comprende que hagan y digan cosas que, al que las oye y ve de cerca con frecuencia, llegan á parecerle naturales. Yo veo y copio. No invento nada.

Así, pues, las FLAQUEZAS HUMANAS, en su segunda edición publicadas, serán para el lector que no conozca la primera nuevos *croquis* de la vida de Madrid, asuntos íntimos, por el mismo estilo tratados que en obras mías anteriores; y si en ellas se viese retratado alguien, no será culpa mía, sino de la sociedad que cuenta por centenares el número de los tipos inverosímiles.

EUSEBIO BLASCO

LA ESPOSA DEL CORONEL

Si los partidos políticos en que se divide España tuvieran la paciencia, una vez puestos de acuerdo, de hacer una estadística en la que constara el número de víctimas que el orden y el desorden han hecho en la madre patria, el estudio sería tan horroroso, que casi podría asegurarse un porvenir de paz y de tranquilidad para la patria, si el carácter español, revoltoso y levantisco como el americano, no fuera impedimento constante de la calma necesaria para la prosperidad de un pueblo.

Unas veces en nombre del orden amenazado, otras veces en nombre de la libertad deprimida, la nación española no ha cesado de vivir en guerra; y aquí es oportuna la observación que los mismos españoles han podido hacer en diferentes ocasiones. Suelen faltar jornaleros para tra-

bajos materiales en la construcción general; ha habido necesidad de recurrir al extranjero en busca de braceros, los oficios mecánicos cuentan con poderosos auxiliares en los talleres españoles; pero cuando se ha tratado de hacer barricadas, de levantar partidas, de lo que se llama en el idioma vulgar *andar á tiros,* siempre ha habido gente dispuesta y útil para el caso. Esto, que sería laudable en caso de invasión extranjera ó defensa nacional, es verdaderamente horrible tratándose de un cambio de sistema político interior, cambio que, una vez realizado, nunca es el deseado por la mayoría del país. La oposición es siempre la misma, porque el país ama la oposición, porque la docilidad y la aprobación son cosas desconocidas ó que redundan en desdoro de la altivez, prenda indispensable á todo descendiente de Pelayo y del Cid... y de Don Quijote. Los campos de España están yermos en su mayor parte, y han de estarlo más si la educación no dulcifica el carácter, porque no es riego adecuado la sangre ni puede fructificar el llanto.

A mediados del mes de Octubre de 1866 recibí una carta de un antiguo amigo emigrado en París á consecuencia de la sublevación del 3 de Enero. Era amigo y compañero del general Prím: la retirada de éste á Portugal le había alejado de Madrid, donde tenía su familia, y vivía en la mayor estrechez en la capital de Francia.

Seguro estaba yo, y él también, de que Prím entraría triunfante en Madrid, y de que él, que á la sazón era capitán, sería en el nuevo orden de cosas teniente coronel, por lo menos; pero entre tanto, la necesidad apretaba, las comunicaciones con su mujer y sus dos hijos eran difíciles, si no imposibles, y el capitán no sabía una palabra de la capitana ni de los dos futuros generales. El, liberal, altivo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivía en París pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendía; y el Gobierno que había entonces en España, severo defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la población pacífica, le abría todas las cartas que dirigía á su mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba, y hasta se perdieron por culpa de no sé quién quince duros que el infeliz pudo reunir y enviar á la señora en una letra, dentro de una carta de aquéllas.

En este estado las cosas, si cosas pueden llamarse, me escribió una carta, parecida á esos artistas ecuestres que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el Gobierno de entonces no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el de debajo para mí, y los demás para otras tantas personas cuyos nombres no infundieran sospechas en correos. Todavía existían entonces siete españoles que no fueran sos-

pechosos. Si tarda en escribirme dos meses, no recibo la arropada epístola furtiva.

Decía así:

«Queridísimo amigo: No sé si ésta llegará á tus manos, porque tal es la saña que el Gobierno desata contra nosotros, que estamos casi incomunicados con todo correligionario y amigo. Te escribo para que me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número***, donde vive ó vivía hace dos meses mi señora, de la cual hace tres meses ya que no tengo noticia ninguna, ni de mis chiquitines; y en nombre de nuestra antigua amistad, te suplico les favorezcas en su apurada situación como puedas, si la tuya es mejor que la mía, que no puede ser peor. También te suplico...» Y aquí seguía una porción de encargos y recomendaciones cuya relación no viene á cuento.

Grande y penosa impresión produjo esta carta en mi ánimo, pues además de que, caso de encontrar á la pobre señora, no podía yo entonces ayudarla más que á sentir sus penas, era aquella una época para mí en extremo azarosa. Fué por aquel entonces cuando el actor Arderíus, acabada la representación de una de mis obras y pedido el nombre del autor por el público, salió á la escena, se adelantó hasta el proscenio, y con esa encantadora frescura que Dios y el público le han concedido, dijo á los señores: «*El autor de la obra que hemos tenido el honor*

de representar no puede presentarse al público, porque está escondido huyendo de la policía.» Con lo cual, dicho así sin más explicación, algún espectador pudo creer que el autor habría robado alguna capa.

Aprovechando la obscuridad de la noche, y viendo un guardia civil en cada transeunte, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa en donde debía habitar la mujer del emigrado mi amigo, y después de preguntar en diez ó doce porterías, dí con la vivienda, que era de pobre aspecto. Abierto estaba el portal y obscura la escalera, y subiéndola á tientas y manoteando como si pronunciara un discurso, por si acaso había algo con que tropezar, llegué á la puerta del cuarto principal, que estaba entornada.

Dí dos golpes con los nudillos de la mano para llamar, y á poco abrió la puerta un muchacho, delgadísimo y mal vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer ordinaria, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta del muchacho, y dije yo entonces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo chico, más alto y más flaco aun que el primero y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no menos su llanto al oirme; y con palabras muy de plazuela, pero muy conmovedoras, me

dijo que no me podía figurar á qué mal tiempo llegaba.

Cogióme en seguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual había una puerta por debajo de la que se veía mucha luz, me llevó hasta ella, y abriéndola señaló hacia adentro sollozando y diciendo:

—¡Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma!

En medio del cuarto había una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella una caja de muerto. Dentro estaba de cuerpo presente la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas le daban luz de limosna.

Ya no pude resistir á la pesadumbre de mi aflicción, y al ver llorar á la criada y á los dos niños, hambrientos y demacrados y medio desnudos, rompí yo á llorar también como si aquella familia fuera la mía. Y me acordaba de haber visto un año antes á aquella mujer joven, y bonita, y elegante, del brazo de su marido, y á los niños alegres y bien vestidos, correteando alegres y bulliciosos; y pensaba que no tenía valor para escribir al emigrado lo que había pasado en su casa; y me aterraba la idea de que aquella joven, llena de vida, hermosura y virtudes, había muerto, según confesión de los vecinos, de pena y *de hambre;* y mientras me alejaba de allí con el corazón oprimido y el alma traspasada, pensaba, recorriendo las calles sin

dirección fija y como loco:—Pero, Señor, ¿vale la pena de llegar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á arzobispo, ni á rey del mundo... y de un mundo como éste?

LA SERIE

I

No sé si alguno de mis lectores conocerá el inmoralísimo juego de la *ruleta*. Quiero suponer que sí, porque desgraciadamente este juego se permite en la mayor parte de las poblaciones de Europa, ó por mejor decir, se tolera. Apenas hay casino ni sociedad de recreo donde cuatro ó seis aficionados no hayan conseguido implantar aquel juego, seductor como ninguno para los jugadores, y fascinador como pocos para los incautos. La ruleta ha dado la vuelta al mundo. Dicen que un fraile francés fué el inventor de tan útil descubrimiento. Siempre fueron temibles los frailes en sus invenciones, y de ello es buena prueba la de la pólvora, atribuída generalmente á otro fraile, alemán de nación, según los eruditos aseguran. La ru-

leta ha arruinado casi á tantas personas como se han acercado al tapete verde que á ambos lados de la rueda giratoria contiene el cuadro de los números que han de salir premiados. Pero como no se ha dado caso de jugador arrepentido ni de escarmiento verificado, á cada nueva ruina sucede una nueva afición, y la perspectiva de una riqueza rápidamente adquirida, es gran fomento del vicio y no menor ganancia de los que explotan este vicio mismo.

De algunos años á esta parte, los especuladores de este género de saqueo disimulado, han elegido como grandes centros de su actividad aquellos sitios donde es mayor en verano la afluencia de gentes acomodadas. Los baños que, ó por moda, ó por necesidad, son frecuentados en el estío por aristocráticos viajeros, suelen tener todo género de alicientes para esparcimiento del ánimo y mengua del bosillo. Por eso en Baden, en Hombourg, en Mónaco, en Spa y hasta en nuestro risueño puerto de San Sebastián, por si acaso no eran bastante diversión del enfermo ó del rumboso viajero á la moda, los bailes, las regatas, las carreras de caballos y las músicas de noche, los explotadores del vicio han llevado estos últimos años la ruleta. ¿Quién no ha jugado algunos francos á tal ó cual número, con la esperanza de ver aumentada su fortuna en tan gran proporción como todo el mundo sabe? Un franco, producirá treinta y cinco; y si

estos treinta y cinco francos se ponen á otro número y este otro número también es premiado, entonces... multiplícase treinta y cinco por sí mismo. Tal es la ruleta. Tal es la esperanza del jugador; acertar un rato, nada más que un rato, y... el cuento de la lechera y los pensamientos aquellos del centinela del soneto son pequeñeces ante lo que el *ruletista* decidido se promete.

¡Lástima grande que todavía no nos haya contado la fama el nombre de ningún felíz mortal enriquecido por la caprichosa bola! Lo único que sabemos de cierto es que los jugadores suelen suidarse ó acabar por pedir limosna, mientras que los caballeros particulares que dan vuelta á la rueda é impulso á la bola, ó los capitalistas que allí les colocaron á sueldo, suelen ganar diez ó doce mil duros mensuales en España, donde el número de jugadores es más corto ó menos rico, ciento ó dos cientos mil francos en Francia, ó en Italia, ó en Alemania, donde las jugadas son más importantes y los jugadores más tenaces.

A pesar de esto, la afición aumenta de día en día, si hemos de juzgar por el aumento que ha sufrido la especulación en estos últimos años. Es que la sed del oro y la miseria humana se pasean del brazo por Europa, contándose una á otra que cada día son mayores las necesidades de los que no viven de su trabajo. Y sobre todo:

Quid non mortalia pectora cogis,
aurí sacra fames!

II

Fué en Hombourg, bien me acuerdo. Allí era donde solía yo encontrar, en uno de los casinos, siempre henchidos de gente que había ido á gastar en verano las rentas del invierno, á los duques de***, un matrimonio ruso, de conversación agradabilísima y excelente trato. Me había presentado á ellos un diplomático español. Simpatizamos pronto, y todos los días tomábamos juntos cerveza.

También allí había ruleta. La concurrencia á la sala de juego era muy numerosa; enormes las cantidades que se atravesaban. El duque solía jugar de cuando en cuando, no por vicio, sino por distracción. Más de una vez me admiró su imperturbabilidad en la ganancia y su sonrisa de desdén ante la pérdida. Solía poner dos ó tres luises á *negro ó colorado,* buscando siempre una serie. Entonces pude observar que las series son muy frecuentes en la ruleta. La mitad de los números de la rueda son negros, la otra mitad son *colorados.* El jugador que prefiere jugar los colores á jugar los números, no obtiene más ganancia que la cantidad jugada; pero en cam-

bio suele suceder que se dén cinco ó seis negros ó encarnados, y en tal caso, la ganancia es casi mayor que la que se puede obtener ganando treinta y cinco por uno.

Una tarde que la duquesa tuvo la humorada de arrojar cinco luises al negro y la paciencia de esperar á ver si los negros sé repetían, vió colmados sus deseos.

Seis números negros ocupó la bola seguidamente.

Cinco luises que hacen diez, diez que hacen veinte, veinte que hacen cuarenta, cuarenta que hacen ochenta, ochenta que hacen ciento sesenta, y ciento sesenta que hacen trescientos veinte.

Trescientos veinte luises. Seis mil cuatrocientos francos obtenidos con cuatro napoleones.

—¡Brillante jugada!—le dije á mi amiga.

—En cambio yo he jugado al encarnado—me dijo un polaco que estaba delante de mí,—y he perdido doce mil francos en menos de tres minutos.

Tal es la ley eterna de las cosas de la vida. Unos han de perder para que otros ganen. Es lo que los diplomáticos suelen llamar en política el equilibrio européo, como si les creyéramos por eso.

La duquesa recogió su montón de oro y nos retiramos del salón. Discurrimos acerca de la inmoralidad del juego (por lo mismo que se acababa de ganar), y mis dos amigos me refirieron

una porción de anécdotas curiosas, referentes todas á jugadas y jugadores. En todas ellas había horribles detalles, sucesos dolorosos.

—Yo juego muy pocas veces,—me dijo el duque,—y esas, por el gusto de despreciar la fortuna. Tengo la evidencia de que si jugara diariamente me arruinaría, y acabaría por hacer del juego una necesidad, un oficio, un *modus vivendi;* y, creedme, la fortuna no se busca, se encuentra. Jugar para hacer negocio es una simpleza. Todas las grandes jugadas se han hecho por hombres que, ó no necesitaban el dinero que ganaron, ó se encontraban, echando al azar unos cuantos francos.

Hay además una fatalidad inevitable que pesa sobre todos los jugadores del mundo. Dado que los jugadores puedan ser gente honrada, estad seguro de que siempre gana quien menos lo merece, y por otra parte, yo he observado....

En tal punto interrumpió nuestra conferencia un joven holandés, que tomaba cerveza en una mesa próxima á la nuestra. Le conocíamos de vista.

—Perdonadme, señores,—nos dijo,—si me ingiero en vuestra conversación; pero un ejemplo que quisiera poneros, probará la verdad de cuanto está diciendo este caballero (y señaló al Duque). Es un hecho histórico que todavía recuerda con horror Mr. Blanc, el director de estos

juegos. ¿Queréis conocer la gran jugada de mi hermano?

Le invitamos á ocupar un asiento á nuestro lado y comenzó de esta manera.

III

Rodolfo ocasionó la ruina de nuestra casa. A la muerte de nuestro padre, que era acaso el comerciante más rico del Haya, nos repartimos la herencia como buenos hermanos y cada uno se propuso aumentar lo heredado de la mejor manera posible.

Eramos tres: Rodoldo, que había seguido la carrera mercantil; Estéban, que era abogado, y yo, que soy médico.

Rodolfo era el mayor; le queríamos como á un padre. La pérdida del nuestro, que tanto sentimos, estaba compensada por el cariño y el respeto que Rodolfo nos merecía. Era tan bueno, tan generoso, tan digno de ser querido, que no había posibilidad de hallar en él defectos.

Pero Rodolfo había nacido para ser infeliz y hacer *mal de ojo* á cuanto le rodeara.

¿Me podéis explicar en qué consiste eso que en unos pueblos se llama la fatalidad, en otros el sino, en otros la *sombra,* en otros Dios, en otros

la *jettatura*, en otros la desgracia, en otros la mala estrella?

Rodolfo emprendió negocios en grande escala, negocios de esos que llaman los comerciantes claros, indudables, de ganancia segura. Perdió siempre su dinero. Tres años bastaron para que desapareciera su capital por completo. Se había hecho armador en el tercer año, y tres grandes barcos de su propiedad que salieron de nuestro puerto con rumbo á las costas de Africa, donde se proponía introducir mercancías de gran resultado, fueron presa de los elementos en alta mar, y perdióse con ellos el resto de aquella que fué gran fortuna cuando mi buen padre abandonó esta vida. Era pasajero de uno de los barcos nuestro pobre hermano Estéban, que con morir por seguir los consejos de Rodolfo, yendo á las costas de Guinea en calidad de *gerente* de nuestra casa, nos dejó, á más de desolados, pobres, supuesto que en aquella gran empresa iba comprometida también parte de la herencia suya.

Quedaba lo que yo heredé como ellos. Conmovidísimo ante la horrible desgracia de mis hermanos, y viendo á Rodolfo, si no desconsolado, porque su carácter era entero y sufrido, por lo menos sin esperanza alguna de mejor suerte; le dije un día:

—Rodolfo, se ve claramente que no eres afortunado; pero en mis viajes por España he apren-

dido un proverbio que dice: *Dios mejora sus horas*. Tú y yo somos una misma persona. Yo soy médico y no entiendo de negocios, pero conservo intacta mi herencia. ¿La quieres?

—¿Para perderla y arruinarte?—dijo mi hermano con una sonrisa de amargura.

—Para lo que Dios quiera,—le respondí.

Y á los pocos días la casa *Rembrant hermanos*, que así se llamaba la nuestra, entró en un nuevo período de prosperidad que sorprendió á los comerciantes del Haya.

He dicho que Rodolfo tenía el carácter entero. Debo rectificar. Era una naturaleza excepcional la suya, un temperamento raro. Tenía una especie de resistencia pasiva que aun hoy me admira. Le sucedía una desgracia horrible y su rostro no se alteraba. Podían decirle en un momento dado y cuando menos lo esperase:

—«Estás arruinado,» y no pestañeaba. Diéranle: «Tu hermano ha muerto,» cuando le creyera en plena salud, y apenas se inmutaría.

Y no era que careciese de sentimiento ni de sensibilidad. Era que desde niño estaba acostumbrado á sufrir contrariedades. Tenía valor y tesón, y quería luchar y luchaba; la desgracia no le daba un susto nunca.

En cambio, yo le he oído sollozar mil veces en la soledad de la noche, cuando, encerrado en su cuarto y dando vueltas en el revuelto lecho, pensaba en su porvenir, en su hermano muerto,

en su hermano vivo, porque me quería entrañablemente y temblaba pensando en que podía perder mi caudal, que no quería considerar como suyo.

Comenzó un negocio de licores, y perdió más de la tercera parte del dinero que yo le había confiado. Un convecino suyo, pícaro redomado, halló ocasión de cederle á bajo precio, y como buenas, un crecido número de pipas de curaçao, que tuvo que malvender precipitadamente. Cuando me contó este fracaso, me dijo:

—Mira, creo que no acertaré en nada de lo que me propongo, porque estoy enamorado.

Y me contó sus amores.

La poseedora de su corazón era una niña angelical, que gozaba gran fama de virtuosa en el pueblo. Era huérfana. Estaba al cuidado de unos parientes lejanos. Era muy pobre; pero, ¿qué importaba? ¿No era mi hermano todavía rico con las dos terceras partes que de mi regalada herencia le quedaban?

Al mes de haberme hecho aquella revelación de su amor, conseguí verle casado con su amada. ¡Gozaba yo tanto con verle dichoso!

Los negocios prosperaban. Había admitido un gerente muy experto, un hombre lleno de actividad, á quien la amante esposa había recomendado por ser algo pariente suyo. Rodolfo dió á este hombre plenos poderes para que le representase en una gran subasta. ¿Queréis

creer que el gerente y la esposa virtuosísima huyeron del Haya un día, al amanecer, y fueron á derrochar nuestro dinero á New-York?

Creedlo, porque es tan cierto como espantoso.

Una sonrisa, sólo una sonrisa brotó de los labios de mi pobre hermano. Quiso tener valor, y le tuvo; pero aquella horrorosa desgracia fué para él y aun para mí, la mayor que hasta entonces pesó sobre nosotros.

Rodolfo necesitaba distraer su dolor.

—Cierra el almacén,—le dije, — vende lo que en él queda, redúcelo todo á dinero. Te restan unos cien mil francos de toda nuestra herencia. Es preciso que viajes, porque estás enfermo.

Yo soy médico, y estas palabras le sorprendieron un poco.

—¿Estoy enfermo?

—Sí.

—¿De gravedad?

—No.

Y al decirle esto, le engañé. Hacía tiempo que yo adivinaba en él todos los síntomas del aneurisma. Podía morir dentro de un mes, dentro de veinte años; pero la enfermedad no tenía remedio. Se resistió á emprender un viaje por no tener el desconsuelo de dejar de verme; pero yo le prometí acompañarle. Dejé mis enfermos, mi casa, mis afecciones todas, y salimos á recorrer la Europa.

Después de un año de viajes por España é

Italia, Francia y Rusia, volvimos á Alemania, y nos detuvimos aquí donde ahora os refiero esta historia. Aquí, en Hombourg, pasamos una larga temporada. Aquí jugó mi hermano diferentes veces, y perdió siempre. ¿No había de perder si en su vida tuvo la satisfacción de acertar nada? Era, sin embargo, notable por su imperturbabilidad. Perdía miles de francos con una serenidad envidiable. Es muy general que á todo jugador se le enrojecen gradualmente las orejas: ¿lo habéis reparado? Es un detalle cómico de la desesperación que se apodera de quien juega, que suelen observar todos los que hacen en estas casas el papel de espectadores. Mi hermano no varió nunca de color. Su palidez habitual no le abandonaba un instante.

Como yo le conocía bien, nunca se me ocurrió detenerle si ganaba, ni retirarle si perdía. Aunque le hubiese visto ganar diez millones, no le hubiera dicho retírate. Esto le hubiera indignado. Su carácter no admitía consejos ni reprensiones. Era desgraciado, pero esto no era culpa suya. Nadie podía ni debía hacerle cargos.

Una tarde sentado á una de estas mesas me dijo:

—¿Qué piensas que hagamos? De toda nuestra herencia, apenas nos quedan veinte mil francos...

— Volveremos al Haya, — le respondí, —y

mientras haya mala salud, yo ganaré lo suficiente para vivir.

Y Rodolfo exclamó:

—¡Éramos tan ricos!

Pensó un instante en todas las desgracias de su vida, y una lágrima muda, pero elocuente, se deslizó por sus mejillas.

Le dejé solo.

Por la noche volvió al hotel extremadamente serio.

Adiviné lo que le pasaba.

—¿Has jugado?—le pregunté temblando, porque yo detesto el juego.

—Sí,—me respondió.

—¿Cuánto?

—Todo.

—¿Todo?

—Todo.

—Es decir... que estamos ya completamente pobres?

—Mira.

Y al decir esto, Rodolfo sacó de un bolsillo un luis, y me dijo:

—Esto es todo lo que nos queda de capital.

....

....

IV

La historia que nos refería el joven holandés nos interesaba en extremo á los duques y á mí. Descansó él un momento, tomó un sorbo de cerveza, y continuó:

Pasamos la noche en vela. Rodolfo creyó sin duda que yo dormía, y se desahogó llorando. Yo le oía llorar, y procuraba fingir un sueño de que no disfrutaba. Sabía que mi hermano se levantaría á la mañana siguiente con rostro sereno y procuraría disimular la pena que destrozaba su alma.

Efectivamente: por la mañana temprano se vistió, y me llamó creyendo que yo dormía.

Hícele creer que me despertaba.

—Mira,—me dijo:—es preciso ver cómo buscamos un poco de dinero para pagar el gasto del hotel y el viaje hasta nuestro país, porque con un luis es imposible disponer nada.

¡Y sonreía el pobre al decirme estas palabras!

—Eso es muy fácil,—le dije.—Aquí hay paisanos nuestros que no pueden sospechar que hemos llegado á tal pobreza: diremos que hemos tenido el capricho de jugar y que hemos perdido. Pediremos prestados mil francos... ¿quieres?

—Bueno. Tú harás lo que mejor te parezca.

Y salió.

Hice lo que pensé. Pedí á un comisionista amigo mío los mil francos, y volví á reunirme con mi hermano.

Le busqué por el salón de lectura, y no estaba. En el restaurant, tampoco. Dí con él en la sala de juego.

Estaba sentado en un extremo de la mesa, con los codos apoyados en ella y la cara oculta entre las manos. Tenía inclinado el sombrero hacia las cejas.

No se le veía el rostro.

—Rodolfo, — le dije, — tocándole en la espalda.

—Duerme,—me dijo un jugador.—No juega, y hace mucho rato que está así. Sin duda le gusta oir cantar los números sin mirar á nadie; por eso tal vez se ha ocultado la cara entre las manos... ¿Es amigo de usted?

—Es mi hermano,—respondí.

—¡Ah! ya. Lo digo porque si no juega, podía dejar el puesto á otro.

En aquel momento Rodolfo apartó una de sus manos del rostro, sacó del bolsillo el luis que me enseñó la noche anterior, el único luis, *el último,* y le puso al negro. En seguida volvió á colocarse como estaba, con el rostro entre las manos, los codos en la mesa y el sombrero sobre los ojos.

—¡El 6 negro!—gritó el banquero que hacía rodar la bola.

Ya tenía dos luises mi pobre Rodolfo. Siguió en la misma postura. Yo me fuí al otro extremo de la mesa para contemplarle.

—¡El 10 *negro!*—gritó el banquero en seguida.

—¡Cuatro luises!—pensé yo.

Y mi hermáno ni levantó la cabeza. ¡Era esto tan propio de su carácter!

—¡El 24 *negro!*—se oyó entonces.

Y á los pocos instantes rodó la bola y gritaron:

—¡El 35 *negro!*

Los jugadores comenzaron á reparar en aquel hombre que de tan grande calma daba pruebas.

Yo pedía á Dios que los negros continuaran.

—¡El 15 *negro!*—oí al momento.

Y antes de que pudiera alegrarme:

—¡El 17 *negro!*

¡Qué admirable tesón el de Rodolfo! Ni levantó los ojos; y sin embargo, ya atraía algunas miradas aquel montoncillo de oro que en la banda del negro había.

—¡El 2 *negro!*—gritó el banquero.

Y pagó en seguida mirando alarmado hacia donde Rodolfo estaba.

A los dos segundos, la bola rodaba; mi impaciencia era cada vez mayor.

—¡El 22 *negro!*—oí gritar, y respiré. Eran cerca de seis mil francos los que el mísero luis

producia; ¿pero y si ahora, como era lo má probable, la bola caía en una casilla encarnada?

—¡El 33 *negro*!—resonó en la sala.

Y se dobló el montón.

Sentí un sacudimiento nervioso. Quise ir al lado de Rodolfo y decirle: «¡Vámonos!» Pero tuve miedo de contrariarle.

Casi todos los jugadores le miraban, y él ¡oh admirable entereza! sin levantar los ojos.

—¡El 31 *negro*!—gritó esta vez el banquero con rabia.

Hubo una exclamación de sorpresa.

La bola corría con una rapidez pasmosa. El banquero estaba febril.

—¡El 26 *negro*! — dijo al momento y se puso encendido... pero pagó religiosamente.

Yo llegué ya á creer que era imposible que viniera un encarnado. Tenían mis ojos algo de magnetismo.

La bola estaba á mis órdenes. ¡Qué felicidad! Todas las desgracias de mi pobre Rodolfo iban á ser compensadas si seguía jugando y ganando...

Me asusté. Un inglés jugó ocho mil francos al colerado... y creí que tenía razón, porque era muy probable...

—¡El 6 *negro*!—gritaron.

Nueva exclamación de sorpresa. Ya no había dinero con qué pagar. El banquero se retiró. Algunos jugadores se levantaron. Nuevos ban-

queros, con nuevo capital, se sentaron llenos de esperanza en que si Rodolfo seguía jugando, un encarnado vendría muy pronto... ¡Locura! tiraron los nuevos banqueros; rodó la bola; cayó en el 4.

—¡El 4 *negro*!—gritó el banquero recién llegado y se oyó un gritó en la sala; y mi hermano no levantó la cabeza; y yo era feliz, porque todas las desgracias de su vida desaparecían ante aquella inmensa riqueza, porque el banquero volvió á tirar y pronunció el ¡20 *negro*! y ya no hubo dinero tampoco, y el asombro creció, y la gente rodeó á mi hermano que ya era dueño de seiscientos cincuenta y cinco mil trescientos sesenta francos (yo llevaba la cuenta con un lapiz); y entonces, de pronto, como si me hubiera herido un rayo, me hirió una sospecha.

Corrí como un loco hacia mi hermano.

—¡Rodolfo!—le grité.

Y no me respondió. Le empujé violentamente, le alcé la cabeza... la concurrencia dió un grito horrible.....!

Rodolfo estaba muerto.

....

VIAJE REDONDO

COMEDIA REALISTA

(Arreglada al español, de un cuento de Ch. Monselet.)

ESCENA PRIMERA

El gabinete de la señora de Gudal, mujer encantadora, treinta y dos años, treinta y dos pretendientes desdichados, uno feliz, y un marido. La señora de Gudal está despidiendo á Martín (llamado así de *nombre* y *apellido*), que es, y suplico al lector que me guarde el secreto, la persona de quien dicen las gentes... pero las gentes hablan tan mal... que no hay que hacer caso de ellas.

LA SEÑORA DE GUDAL

¡Ay, Martín! Solamente una pasión tan ciega como la mía pudiera hacerme olvidar mi deb...

MARTÍN MARTÍN

¡Por Dios, Laura, por Dios! ¿á qué viene ahora eso?

La señora de Gudal

¿Y á qué viene ese mal humor que adivino en tí esta tarde? Cualquiera diría que estás hastiado de mí, ¡de mí, que te lo he sacrificado todo!

Martín Martín

Harás que mi melancolía se convierta en desesperación. ¿Oyes? Son las cuatro y media. Gudal va á salir del Ministerio, y si me encuentra aquí...

La señora de Gudal

Sabes que yo le convencería de cualquier mentira.

Martín Martín

¡Oh! No dudo yo de tu talento.

La señora de Gudal

Por de pronto, todos los días le digo que has estado.

Martín Martín

¿Es posible? Pero... si yo no le conozco, ni él á mí, ¿qué es lo que le dices?

La señora de Gudal

¡Oh, amigo mío! Yo soy previsora, y como los criados te ven venir todas las tardes...

MARTÍN MARTÍN

¿Pero qué le dices?

LA SEÑORA DE GUDAL

¿Y á tí qué te importa? ¡Ah, señor curioso! Tras de que te ayudo á salir del paso en cualquier apuro... Pero no hablemos de eso ahora... te vas á marchar, no te volveré á ver hasta mañana, y...

MARTÍN MARTÍN

Hoy es primer turno en el Real, y allí nos veremos...

LA SEÑORA DE GUDAL

¡De lejos!

MARTÍN MARTÍN

Me marcho, Laura.

LA SEÑORA DE GUDAL

¡Espera! Dos minutos no más, para que pueda hacerte un regalo. Mañana son tus días...

MARTIN MARTÍN

¡Ah! *¡Trop aimable!*

LA SEÑORA DE GUDAL

¿Te gusta? (Ofreciéndole un estuche que Martín abre precipitadamente.)

MARTÍN MARTÍN

¡Una sortija!

LA SEÑORA DE GUDAL

¿Te gusta?

MARTÍN MARTÍN

Muy linda. Te agradezco en el alma... ¿Pero qué suena?

LA SEÑORA DE GUDAL

El coche de la subsecretaría. ¡Véte!

MARTÍN MARTÍN

¿Por la escalera de servicio?

LA SEÑORA DE GUDAI

Naturalmente.

MARTÍN MARTÍN

¡Adiós, adiós!

LA SEÑORA DE GUDAL

Adiós... ven corriendo... (Suena un ruido... un chasquido... un aleteo... ¿será un beso? No puedo asegurarlo. Estas cosas son muy delicadas.)

ESCENA II

LAURA.—GUDAL

GUDAL

¡Hola, hija! ¿Comemos? Tengo mucho que hacer. Hay crisis.

LAURA

Crisis, ¿eh? ¿Tendrás que hacer dimisión? ¿Dejarás el coche?

GUDAL

¡Qué sé yo! ¿Comemos?

LAURA

En seguida. ¿Vienes cansado, Tolito? (El marido se llama Bartolo, pero su mujer, por bien parecer, le llama Tolito.) ¡Estás ojeroso!

GUDAL

¿Ojeroso? Crees que...

LAURA

Sí, hijo mío, sí: trabajas demasiado: esa condenada política te va á matar... (Echándole los brazos al cuello. Ahora sí que les aseguro á ustedes con toda franqueza que suena un beso, un chasquido franco, espléndido, sonoro!)

GUDAL

¿No ha venido nadie?

LAURA

Nadie... ¡Ah, si! Ahí ha estado una hora ese señor Martín, que dice que desea verte...

GUDAL

Debe ser algún pretendiente.

LAURA

Tal vez.

GUDAL

Y tiene un tino.... Hace seis meses que me dices que viene siempre que no estoy en casa. ¡Por supuesto que me alegro!

UN CRIADO

La sopa está en la mesa.

ESCENA III

Estamos en casa de Martín Martín. Un cuarto de hombre *soltero* en una casa de *huéspedes de lujo* como la llaman el patrón y su señora. Martín acaba de llegar cuando el patrón, que le quiere como á un hijo, cuando paga, y como á un yerno, cuando debe, asoma la cabeza por la *portière*, y dice sonriendo:

EL PATRÓN

¿Don Martín?

MARTÍN

¿Qué es eso?

EL PATRÓN

Ahí está.

MARTÍN

¿Quién?

EL PATRÓN

La de ayer.

MARTÍN

La...

EL PATRÓN

La señorita Pepa.

MARTÍN

¡Ah, Pepita!... ¡Que pase, que pase!

ESCENA IV

MARTIN. — PEPITA

Pepita es alta, rubia, delgada, graciosa. Viene vestida con sencillez, pero con buen gusto. Es modista de sombreros, como dicen ellas. Habla con cierto acento valenciano que á Martín le parece muy gracioso.

PEPITA

¡Hola! ¿Dónde has estado? ¿Vienes de ver á la otra?

MARTÍN

¿Á la otra? Vamos, hija mía, vamos; no empieces con tus tonterías. Ahora te ha dado por los celos, y esto no puede traer más que disgustos. ¡Qué bien te está esa rosa! ¿Me la das?

PEPITA

Sí lo sé, Martín; sí lo sé; sí lo he sabido por una casualidad, que tienes otra; y como es una señorona, y una es pobre!... Pues podrá ser más guapa que yo, y más rica que yo... y más *lagarta* que yo, pero no te querrá más que yo... porque yo... lo que es yo... **(Rompe á llorar.)**

MARTÍN

¡Pero, muchacha, tú estás loca sin duda! ¿Qué pruebas tienes de lo que dices?

PEPITA

¡Vaya si las tengo! Como que me lo ha dicho la doncella... una doncella que hay en la calle del Cármen.

MARTÍN

¿Hay una doncella en la calle del Cármen...?

PEPITA

Sí, que sirve en casa de una amiga de tu amiga, y ellas se cuentan todo lo que pasa; y en fin, que lo sé, y estoy *en* una pena...!

MARTÍN

Con una pena, querrás decir.

PEPITA

Bueno, es mi modo de decir valensiano, pero ya me entiendes. ¡Engañar así á una pobre mujer que sólo piensa en venir á verte, robando el tiempo para poder estar *en* su novio!

MARTÍN

Con su novio, dirás.

PEPITA

Que ni cómo, ni almuerzo, ni nada, por venir á verte sin faltar á mi obligación. !Hoy mismo estoy *en* una jícara de chocolate!

MARTÍN

¿Quieres tomar algo? ¿Quieres comer conmigo? ¿Eh?

PEPITA

Bueno, si te empeñas...

MARTÍN

Pues está decidido. Venga esa mano; hagamos las paces, y..,

PEPITA

¡Ay, qué sortija tan bonita! ¿La has comprado hoy? Ayer no la tenías.

MARTÍN

Vale muy poco; si no, te la ofrecería.

PEPITA

No es por el valor, pero ya que me la ofreses, ¡grasias!

MARTÍN

(Se llevó el diablo el regalito.)

EL PATRÓN (riendo.)

Don Martín, la sopa está en la mesa.

MARTÍN

Comeré aquí con esta señorita.

EL PATRÓN (riendo.)

Bien, Don Martín, bien; como usted quiera...

MARTÍN

Conque dime, celosa mía, ¿quién te quiere á tí en este mundo?... (Si al lector le parece, suprimiremos la segunda mitad de esta escena, porque no tiene interés más que para los interlocutores.)

ESCENA V

Una prendería en la calle de los Estudios. La señora Orosia, excelente persona, prestamista sin conocimiento de la Dirección de Contribuciones, protectora de una porción de muchachas que la quieren como á una madre, y á quieh recurren siempre que tienen que ir á un baile, ó al teatro, ó á ver la Minerva (procesión católica) desde los balcones de alguna casa de cumplido.

LA SEÑORA OROSIA. — PEPITA

PEPITA

Buenos días, *señá* Orosia, ¿cómo lo ha pasado usté?

LA SEÑORA OROSIA

Así así estoy, hija mía; estos dolores no me dejan descansar. ¡Yo pensé que te habías muerto! ¡No os acordáis de una nunca!

PEPITA

Sabe usté, que como ahora tengo costura y salgo tan tarde... Diga usté, *señá* Orosia, ¿cuánto valdrá esta sortija?

LA SEÑORA OROSIA

¿A ver? Deja que la vea á la luz... (Se levanta y va á la puerta. Mira la sortija poniéndosela delante de las narices y dándole muchísimas vueltas. Sonríe maliciosamente.) Amiga, amiga, ¡qué lujos me traes! ¿Te ha salido alguna *preporción?*

PEPITA

¡Toma! ¿Y qué tendría de particular?

LA SEÑORA OROSIA

Nada, criatura, nada; que al fin y al cabo la joventú siempre es joventú, y otras hay más feas que tú y arrastran cola.

PEPITA

Conque diga usté...

LA SEÑORA OROSIA

(Volviendo á darle vueltas á la sortija.)

Pues... yo... lo que es yo daría muy bien quince duros.

PEPITA

(¡Entonces vale cuarenta!) ¡Vaya! ¡Qué descansada se quedaría osté, *señá* Orosia!... ¿Conque quince duros?

LA SEÑORA OROSIA

Pues no me quedaría descansada, no lo creas; porque los tiempos están muy malos, y ya ves tú cómo está Madrid, que el que tiene dinero se lo guarda; porque la verdad es que...

PEPITA

Diga usté, *señá* Orosia, usté tiene mío...

LA SEÑORA OROSIA

Tengo varias cosas tuyas que están al caer, y yo sentiré mucho venderlas; pero, hija, cada uno está á su negocio; y yo, ante todo, soy prendera, porque no quita el que si un dia vienes, como has venido, y me dices que tienes una *nesecidá* y me pides algo y me dejas en prenda un trapito, yo te lo dé, porque te quiero y te he visto nacer; que ya sabes que á tu madre, que en gloria esté, no es por alabarme, que algunos favores le tengo hechos, porque la *señá* Isidra era de lo que había poco; y no es esto decir que tu no lo seas, no; pero, en fin, los tiempos son otros, y tú sabes muy bien...

PEPITA

Vamos á ver, *señá* Orosia. Me da usté veinte duros por la sortija, y además se da usté por pagada de los réditos del pañolón y del manguito que le empeñé á usté por San Isidro del año pasao.

LA SEÑORA OROSIA

No te untes, chiquilla, no te untes. ¡Pues adónde íbamos á parar! ¿Sabes tú lo que has dicho? Veinte duros, y además los... ¡Ay, qué chica! ¡Jesús, Jesús, qué chica ésta! Toma, toma tu alhaja, que no encontrarás en todo Madrid

quien te dé más; y te lo digo yo, que sé como está Madrid, y me puedes creer, que primero me muera que decir una cosa por otra. ¡Jesús qué Pepa ésta tan divertía!... ¡Veinte duros! ¡Ya, ya! En fin, para que veas que te quiero dar gusto, te doy diez duros y te devuelvo tus prendas y estamos pagadas. ¿Quiés más, lucero, quiés más?

PEPITA

¡Si al fin ha de ser lo que usté quiera, *seña* Orosia!

LA SEÑORA OROSIA

Vamos, ven aquí, ven aquí, porque sois el demonio, y hacéis de una lo que os da la gana: te voy á dar los diez duros en buena moneda: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... siete... (te daré algunas pesetas para que lleves suelto), siete... ocho... nueve... y diez. ¡Ahí tienes, rubia, que cada día estás más guapetona! (**Dándola un beso.**)

PEPITA

¡Quiá no, señora! Conque me voy, señá Orosia; ya vendré por aquí uno de estos días... (**Se va cantando.**)

Santa Rita, Santa Rita, Santa Rita,
cada una de nosotras...

ESCENA VI

LA SEÑORA OROSIA. — UNA VECINA

LA SEÑORA OROSIA

¡Gertrudis!

LA VECINA (desde lo alto).

¡Qué hay!

LA SEÑORA OROSIA

¡Baja!

LA VECINA

¿Qué quiusté?

LA SEÑORA OROSIA

¿No me dijiste que sabías de una chica que quería una sortija buena?

LA VECINA

Sí, señora, la del *comendante.*

LA SEÑORA OROSIA

¿De qué *comendante*?

LA VECINA

La sobrina del comendante, que son tres que viven juntas ahí en la calle de la Ruda, junto á la botica...

LA SEÑORA OROSIA

¿Son tres hermanas?

LA VECINA

No, señora; son tres amigas que viven solas y que van muy majas y no le dan las buenas tardes á *naide*, lo cual que á mi lavandera la deben la ropa de tres semanas: porque es lo que pasa, que algunas personas todo lo echan en lujo, y paece que tienen un rey en el cuerpo, y si se va á ver, todo es trampa.

LA SEÑORA OROSIA

¿Tú estás segura de que querrá comprar la sortija?

LA VECINA

A mí me dió el encargo pa usté cuando nos hablábamos, pero yo no sé... porque ahora, como yo soy más que naide, y á mí á las personas que son así me gusta zapatearlas... ¿Comprende usted?

LA SEÑORA OROSIA

¿Cómo se llama esa joven?

LA VECINA

Pues á ella la llaman doña Concha, que es la morena, con muy buen pelo, que yo no sé si será suyo.

LA SEÑORA OROSIA

¿Estará ahora en casa?

LA VECINA

¡Puede!

ESCENA VII

Uu cuartito en el restaurant de Fornos. Concha (ya pareció). morena, con ojos muy grandes, peinado alto, gola rizada, vestido negro (de noche, y pardo de día), un ramito de violetas en el pecho y unas botas de tafilete muy estrechas y con unos tacones muy altos. Enfrente de ella el señor de Gudal (¡oh!) muy sofocado, con los ojos inyectados en sangre, la corbata suelta, los puños arrugados, un cigarro en la boca y un cuchillo en la mano, con el cual redobla en la mesa. El camarero está sirviendo el café.

El señor de Gudal

¡Qué bonita eres! ¡Quién había de pensar, el día en que viniste al ministerio á pedirme que colocara á tu tío el comandante, que habíamos de ser tan buenos amigos?...

Concha

¡Buen pícaro estás! Lo mismo colocarás tú á mi tío que á mí.

Gudal

Lo que es á tí te coloco donde quieras, ¿sabes? ¿Te hace daño el humo?

Concha

Al contrario.

Gudal

¿Al contrario? Anda, da una chupadita.

CONCHA

¡Pues ya lo creo! (Cogiendo el cigarro.)

GUDAL

¡Bien!

CONCHA

¡Ejem, Ejem, Ejem! ¡Qué fuerte es esto! ¡Toma, toma!

GUDAL

Conque dí, ¿tu casa es un castillo feudal donde no se puede entrar de ninguna manera?

CONCHA

¿No ves que vivo con dos chicas amigas mías, que no necesitan saber si hago ó no hago lo que me da la gana? ¿Qué necesidad tengo yo de dar un cuarto al pregonero? ¿Te gustaría á tí que fuera yo á buscarte á tu casa?

GUDAL

¡Canastos! ¡Pues poquito celosa que es mi mujer! ¡Digo, y una mujer tan buena como la mía!... ¡Si supiera que en lugar de comer en el ministerio, como le he dicho hoy aprovechando esto de la crisis, estoy aquí contigo... se moría!

CONCHA

¡Qué se había de morir!

GUDAL

¡Te digo que se moría! Pero, ¿á qué hablamos

de eso? Ni tú has de ir á mi casa, ni yo á la tuya. Después de todo, para verte, para decirte que eres encantadora, para estrechar este talle inverosímil, no es necesario ir á ninguna parte.

CONCHA

¿Verdad, *monín?*

GUDAL

Sí, monina mía, sí; yo te a...

EL CAMARERO (entrando de pronto)

La cuenta.

GUDAL

(¡Qué oportunidad!) (Sacando un billete del Banco. Allá vá.

EL MOZO

Voy á traer la vuelta.

GUDAL

Aunque tardes, no importa, ¿eh?

CONCHA (leyendo la cuenta)

Trescientos cuarenta reales... que nos hemos comido... ¡qué lástima de dinero!

GUDAL

No diré yo eso, porque estar á tu lado vale todo el oro del mundo.

CONCHA

Hijo, ¡como yo soy una pobretona!

GUDAL

¿Qué te hace falta?

CONCHA

¿A mí? ¡Todo!

GUDAL

¡Pide por esa boca, cielo, pide!... ¡Digo, digo! pobretona y llevas sortijas de oro con piedras y...

CONCHA

¿La quieres?

GUDAL

¿La sortija? No, hija mía, no lo digo por tanto.

CONCHA

Aun no es mía, porque no la he pagado del todo, pero si la quieres...

GUDAL

Vaya, venga; yo pago el resto. (Se queda con la sortija.)

EL CAMARERO

La vuelta.

GUDAL

Bueno, vete. Coge esos veinte duros, Conchita, que no quiero llevar peso.

CONCHA

¡Ay! Muchas gracias... Pero este camarero no acaba de salir y entrar. ¡Jesús, qué castigo!

GUDAL

¡Caramba con estos camareros, que son los más impertinentes del mundo!... (Se levanta y cierra la puerta. Y ahora, ¿cómo refiero á ustedes lo que hablan ahí dentro? ¡Imposible!)

ESCENA ÚLTIMA

Volvemos á estar en el gabinete de la señora de Gudal. Acaba de salir nuestro amigo Martín, y entra nuestro amigo Gudal, descompuesto, vidrioso.

GUDAL

Buenas noches, Laura.

LAURA

¿Cayó el ministerio?

GUDAL

No. (Dejándose caer en un sofá y resoplando.)

LAURA

¿Te ha pasado algo? Vienes pálido.

GUDAL

Un disgusto con un pretendiente soez... y yo que tengo este carácter... ¡no sé cómo no le he matado!...

LAURA

¿Tal vez con el señor Martín?... Ahora mismo acaba de salir de aquí...

GUDAL

No, ese debe ser algún infeliz; fué con otro.

LAURA

(¡Respiro!) Pero estás muy pálido, y tu palidez me parece tan rara...

GUDAL

(¿Sospechará?) ¡Es momentáneo! (Demos un buen golpe.) Para que veas que aun en medio de mis graves ocupaciones estoy pensando en tí, sabes que no me he olvidado de que hoy es el décimo aniversario de nuestra boda,.. y quiero regalarte algo como todos los años. Toma.

LAURA

¿Qué es? ¿A ver? (Abalanzándose.) ¡¡Mi sortija!!

LA HERMANA PEQUEÑA

I

ERAN tres hermanas: las tres bonitas, las tres discretas y las tres pobres.

El padre se llamaba D. Ambrosio, y era cesante desde el 29 de Septiembre.

Podía vivir con comodidad, porque había ahorrado *un poco;* pero las niñas no tenían dote.

Una niña sin dote es un punto negro en la sociedad moderna, porque la sociedad moderna es positivista.

Las tres niñas de D. Ambrosio esperaban, sin embargo, casarse con un millonario cada una.

La vida que hacían era, según ellas creían, la más á propósito. Era una vida, sin embargo, que á D. Ambrosio le traía á mal traer, porque el pobre hombre no podía con el gasto que traía consigo.

Porque las niñas, ó, por mejor decir, dos de ellas, Luisa y Aurora, no perdonaban diversión ni turno preferido en día de moda. Iban á paseo todos los días, al teatro todas las noches, de cuando en cuando á un té, de cuando en cuando á un baile.

Modesta, no.

Modesta, que era la más pequeña y la más bonita, parecía la más vieja de las tres por su carácter.

—¿Pero te educas para monja?—le decían sus dos hermanas.

—Dejadme, yo sé lo que me hago.

Y la dejaban y se marchaban todas las noches al teatro Real, ó al Español, ó al de la Zarzuela. D. Ambrosio ¡es claro! hacía veces de *mamá*, porque era viudo y las niñas no habían de ir solas. También iba con ellas Isidoro, un pobre chico, empleado con diez mil reales en un ministerio y que solía *pegarse*, como se suele decir, siempre que la familia tenía un palco ó un coche alquilado para paseo.

—Isidoro es un buen chico,—decía D. Ambrosio;—tiene porvenir...

—¿Porvenir?—decía Luisa.—¡Bonito porvenir! Diez mil reales y republicano, y ahora que va á venir la monarquía...

—¿Porvenir?—añadía Aurora.—Ya le he visto cesante tres veces en cuatro años.

—En cambio, — observaba D. Ambrosio, —

tiene muchos oficios: porque además de su sueldo, gana cinco mil reales como administrador de una casa de la calle de la Lechuga, y cuatro mil que viene á sacar de comisión vendiendo vinos de Jeréz... ¡qué! ¡si el Isidorito es una hormiga!

Y era verdad. Isidoro era una hormiguita. No había medio de que convidase nunca á las niñas al café ni las comprara un cartucho de caramelos.

Cuando iba al teatro, *acudía* cuando se empezaba el segundo acto, por no verse en el compromiso de tomar las entradas.

Dejaba que D. Ambrosio comprase *La Correspondencia* para pedírsela prestada, y luego se quedaba con ella, y al cabo de tres meses las vendía todas al peso y se ganaba tres pesetillas.

Pues señor, como digo de mi cuento, las chicas se ponían muy tiernas cuando las miraban los *gomosos*, como dicen ahora. En la casa eran presentados muchos de ellos; las niñas se trataban con lo mejor de la corte.

Y Modestita, siempre muy seria y siempre en casa.

Un día, D. Ambrosio ganó sesenta duros á la lotería. Las chicas alborotaron la vecindad, y no pararon hasta conseguir que los sesenta duros fueran repartidos á partes iguales.

Luisa con sus veinte duros se compró un vestico de sedalina morada, que adornado con unos

terciopelitos negros y qué sé yo qué, resultó elegantísimo.

Aurora abonó tres butacas de *callejón* en el teatro de la Zarzuela, como quien sabía donde se colocaba. Modesta se guardó su dinero, y una noche, mientras las *chicas*, como decía ella, salieron al teatro, salió ella con la criada, una criada de treinta años de servicios en la casa y á quién desde niña llamaban la *Chacha,* y volvió al poco rato con dos gallegos, portadores de una gran caja de madera, que llevaron al cuarto de Modesta.

Las chicas volvieron del teatro á las doce y media, tan contentas, tan satisfechas... el vestido de Luisa había hecho furor... habían dicho á todos sus amigos y amigas que se habían abonado; D. Ambrosio venía echando pestes de Salas y de la Zarzuela.

—¿Qué tienes ahí?—dijo Luisa reparando en el cajón que había traído Modesta.

—Nada,—respondió la hermana pequeña tapándolo con el cuerpo.

—A ver, á ver qué has comprado?—dijo Aurorita.

—¡Nada! ¿Qué os importa?

—¡Ay! ¡qué hurón! Apuesto á que es alguna tontería.

—Serán libros viejos.

—Algún retablo.

—¿Es un organillo?

—Vamos, no seas simple, enséñanos tu compra.

Modesta se reía y no enseñaba lo que había dentro de la caja. No hubo medio de descubrir el secreto. D. Ambrosio aseguraba que sería algún regalo para él, que cumplía sesenta y cinco años dentro de pocos días.

Las *chicas*, con sus trapos y sus proyectos para el día siguiente, no volvieron á ocuparse del tapujo.

Se durmieron soñando con un batallón de novios, y se despertaron dispuestas á molestar á la hermana pequeña.

Porque, eso sí, se reían de ella, la criticaban su reclusión voluntaria, pero la exigían que las peinase, que les diera el plán de un vestido, que las colocara las flores en la cabeza ó en el pelo. Modesta era tan mañosa, que todo se lo encontraba hecho.

Un día que fué Isidorito á verlas por la mañana, le dijo Luisa:

—¿No sabe usted que mi hermana ha hecho una compra?

—Ya lo sé,—dijo Isidoro.

—¿Qué es lo que sabe usted?—dijo Modesta encendida de cólera.

—¡Ah!—dijo entonces Isidoro poniéndose morado;—creí que me decían ustedes otra cosa.

Luisa y Aurora se miraron.

—Pues sí, señor,—dijo Aurora,—ha compra-

do mi hermana un bicho que está encerrado en un cajón de madera y no se puede ver.

—Debe ser un animalucho raro,—dijo Luisa.

Y se reían como unas bobas.

Isidoro cambió de conversación.

—¿Saben ustedes que se casa el Vizconde?

Aurora se puso pálida.

—No puede ser,—exclamó.

—¡Vaya si puede ser! Como que acabo de oir la primera amonestación en la iglesia de San Luis.

—¡Títere!—murmuró Aurora.

Y se marchó á su cuarto.

—La verdad es,—dijo Luisa entonces,—que no tenía ninguna necesidad de haber hecho creer á mi hermana Aurora que estaba enamorado de ella.

D. Ambrosio, que oía la conversación, *echó un sermón*, diciendo que sus dos hijas mayores eran unas simples, que se creían todo lo que les decían los hombres, y que...

En este momento entró la *Chacha* y dijo:

—Ahí viene la criada del cuarto principal que quiere hablar con ustedes.

—¿Con nosotros?—dijo D. Ambrosio.

—Eso dice.

—Llame usted á mi hija Aurora y recibiremos todos á esa criada.

Vino Aurora llorando.

—¿Qué tienes?—le dijo su padre.

—Nada, que me he pinchado.

—No será de coser,—dijo Modesta sonriendo.

—No, porque no soy tan *cursi* como tú.

Entró la criada del principal y dijo:

—Buenos días, ¿están ustés *güenos?*

D. Ambrosio contestó por todos, y la criada dijo en seguida.

—Pues... dicen mis señores que á ver si hacen ustés el favor de no armar ese ruido por las noches, porque no lo puen aguantar, y á más que está mi amo enfermo...

Todas las personas que había en la sala se miraron.

—Ruido... ¿aquí?—dijo Luisa.—¡Si nosotras vamos todas la noches al teatro, y en cuanto venimos nos acostamos!

La *Chacha* y Modesta se habían puesto muy coloradas.

—Diga usted á los señores,—exclamó Modesta por fin,—que está bien, que no habrá más ruido.

Apenas se hubo marchado la criada del principal, llovieron las preguntas sobre Modesta y la criada antigua.

—¿Se puede saber qué pasa en mi casa por las noches?—gritó D. Ambrosio.

—¿Es decir que aquí hay *jarana* en cuanto nos vamos?—exclamó Aurora.

—¿Te pasas la noche bailando, hija mía?—preguntó Luisa.

Modesta se echó á llorar y se marchó corriendo.

Ya iban á seguirla todos, cuando Isidoro dijo:

—No es nada, D. Ambrosio; yo les diré á ustedes lo que pasa; déjenla ustedes llorar... se ha asustado, pero... en fin, todo se arreglará... Hasta otro rato.

II

Desde aquel día Modesta fué objeto de todo género de bromas, que se hubieran prolongado hasta convertirse en insultos, si un suceso inesperado no hubiera venido á absorber toda la atención de la familia.

Una noche al volver del teatro, D. Ambrosio se sintió malo; á la madrugada se sintió peor, y á la mañana siguiente dijo el médico que no duraría tres días, porque tenía nada menos que una pulmonía fulminante.

—Sí,—dijo D. Ambrosio, que enfermo y todo conservaba su mal humor y su franqueza.—Se empeñaron ustedes en que con sesenta y cinco años fuese todas las noches al teatro, á los bailes, al demonio, ¡y es natural, reventaré como una bomba!

Luisa y Aurora comprendieron tarde que el pobre viejo tenía razón, y lloraron desconsoladas.

Isidoro entró en la alcoba, y dijo:

—D. Ambrosio, quisiera revelar á ustedes un secreto.

—Dejadnos solos,—dijo el enfermo á sus tres hijas.

—No,—dijo Isidoro;—que se queden.

Y habló de esta manera:

—Yo, señor, hace mucho tiempo que tengo pensado casarme con Modesta.

El enfermo, Luisa y Aurora se quedaron estupefactos.

—Y como ella y yo somos pobres,—continuó Isidoro,—hace mucho tiempo también que, contando con el permiso de usted, estamos preparando la boda.

Luisa y Aurora, aunque parezca extraño, rechinaban los dientes.

—¿Se acuerda usted de aquel cajón que tanto excitaba la curiosidad de estas señoritas?—preguntó Isidoro.

—Sí, sí, ¿qué era?

—Pues era una máquina de coser que adquirió Modesta á medias conmigo, y con ella y dos piezas de tela que teníamos compradas con nuestros ahorros, ha hecho Modesta en tres meses todos los trapitos para nuestra casa y un equipo modesto de novia. Mientras ustedes se

divertían y gastaban dinero, Modesta y yo ahorrábamos y hacíamos nuestra cuenta. Ese era el ruido que tanto molestaba á los del principal. La máquina de coser, que parece una tormenta deshecha.

D. Ambrosio se incorporó en su lecho, extendió los brazos y en ellos se arrojaron Modesta é Isidoro, mientras la voz del padre decía:

—Hazla muy feliz, que es muy buena... ¡hija mía! ¡bendita seas!

Diez minutos después, espiraba sin haber dirigido una palabra á Luisa ni á Aurora.

III

De esto hace un año. Modesta y su marido son los esposos más felices del mundo. Modesta, sin embargo, tiene una pena. Su marido le ha prohibido todo trato con sus hermanas. Luisa y Aurora, sin padre, sin educación, sin recursos, han acabado por ser dos aventureras... ¡Era natural!

En *La Correspondencia* del otro día se leía el siguiente anuncio: «Se vende una máquina de coser casi nueva; en la calle del Bonetillo, número 17, cuarto sotabanco.»

Modesta y su marido leyeron este anuncio y se les arrasaron los ojos de lágrimas.

—¡Es mi máquina!—dijo Modesta.—¡El secreto de nuestra felicidad! No me la quisieron dar cuando me casé, y ahora la venden...

—Para ir al primer baile de máscaras de este año,—dijo Isidoro con desprecio.

—¡O tal vez para comer mañana, Isidoro!—dijo Modesta.—¡Ve y cómprala!

Isidoro la ha vuelto á comprar y ocupa el lugar preferente del gabinete de su esposa. Luisa y Aurora no necesitaban venderla para comer, porque no les falta dinero. La vendieron porque la máquina en la casa era un mueble ridículo, inútil. ¡Porque es una máquina de *coser*, y esas desventuradas... no saben!

FRÍO Y CALOR

I

¡Oh, ciencia engañosa!—exclamaba mi respetable abuelo viéndome estudiar en la física de Ganot la teoría del calórico.—¡Ciencia vana, embustera y abstrusa!

Y dándome dos golpecitos en la cabeza para distraerme de la lectura, añadía:

—Yo te probaré, inocente joven, que hay leyes superiores á la física y á todas las leyes humanas.

¡Pobre viejo! Le recuerdo con placer. Paréceme que aún le veo con sus antiparras alzadas y apoyadas en la frente, para dar descanso á la vista, ó para no ver ciertas cosas; con sus enormes cuellos tiesos, su levitón interminable, su pantalón de color de tórtola, y sus zapatones de paño abiertos en cruz por ambos juanetes; apo-

yado en su bastón-muleta y con su caja de rapé Kentuki en la mano izquierda, andando lentamente y á compás, y dejando oir el constante hervor de su fatigoso pecho...

—¿Qué me cuenta usted, abuelito?—le dije aquella tarde que nunca olvidaré.—¿Pretende usted trocar las leyes de la naturaleza?

—Risa me das, hijo, risa me das cuando te oigo leer en voz alta un párrafo de tu libro... Ayer, sin ir más lejos, decías... ¿pero á qué voy á repetirlo? Lee, lee eso del calor...

Y yo leí:

«Dase el nombre de calórico al agente que causa en nosotros la sensación del calor; pero este agente obra también sobre los cuerpos inertes, pues es el que funde el hielo, hace hervir el agua y enrrojece al hierro.

—Ese agente,—dijo mi abuelo riendo,—se ha llamado en mi vida Marta, Sofía, Isabel, Angustias ó Eloisa... y ahora se llama para tí Rosalía.

Me puse muy colorado, y continué:

«Muchísimas opiniones se han emitido acerca de la causa del calor...»

Nueva carcajada de mi abuelito.

Suspendí la lectura, levanté los ojos y le miré:

—Desengáñate, bobo,—me dijo;—el calor se siente cuando se debe sentir, aunque haga frío; y el frío que yo me sé, no lo templa nada.

Y luego, mirándome con sus ojillos sangrientos medio cerrados:

—¿Cuántos años tienes?—me preguntó.

—Veintidós.

—Y dime, estudiantillo, ¿cuándo estás al lado de mi sobrina Rosalia, tienes frío?

—¡Oh, no, señor!

—¿En qué mes estamos?

—En Enero, abuelo.

—¿Qué hay en el campo?

—Nieve; bien se ve.

—Y... ayer tarde, cuando te descolgaste por a ventana del jardín...

—¡Abuelo!

—No temas, que no te he de reñir; cuando te descolgaste al anochecer por esa ventana, mientras tu madre, y yo y los criados rezábamos el rosario, y te escapaste á ver á Rosalía, que te estaba esperando en la reja de su jardín, ¿no reparaste en el rigor del invierno?

Yo no supe qué contestarle.

El añadió sin dejar de mirarme:

¿Notaste si Rosalía tenía las manos heladas?

—¡Oh, no, señor! ¡Le abrasaban!

—¿Y las tuyas? ¿Sentiste frío durante la hora y media que hablaste con ella?

—Absolutamente ninguno.

—¡Anda con Dios, pícaro redomado!—exclamó mi abuelo riendo, hasta romper en una tos cascada, bronca y frecuentísima, que sólo le dejó tiempo para añadir: Dí á tu madre que ven-

ga, que ya es tarde y el frío del campo le hace daño.

Fuí á obedecer, y descolgué de un clavo mi capote; pero mi abuelo haciendo un gran esfuerzo de voluntad para cortar la tos, dijo:

—¡Ve sin capa, sin capa!

—Pero, abuelo... ¿quién soporta este frío?

El anciano, ya vencida la tos, exclamó un poco más grave:

—¿Lo sentiste ayer? ¿Enamoraste embozado?

Declaro que no supe qué responderle; pero él se adelantó y dijo:

Mira si hay en tu libro explicación de esa diferencia de temperatura. En cambio, yo... ven, toca mis manos y observa que estoy casi metido en esa consoladora chimenea. ¿Ves? ¡Frías! ¡Heladas! Cuando venga nuestra vecina la condesa, de quien dicen por ahí que estuve enamorado hace treinta años, obsérvame bien y verás que tengo el mismo frío que ahora. Repara si al sentarse á mi lado en esas eternas veladas de invierno, en que jugamos al tresillo su marido, tu madre, ella y yo, repara si su contacto me conmueve. Anoche me pisó involuntariamente y me hizo ver las estrellas: le hubiera devuelto el pisotón de buena gana. ¡Pues has de saber que el año de 39 abandoné más de una vez la guardia por ir á casa de esa señora, que entonces era hermosísima, y sentarme á su lado y esperar con febril impaciencia que me pisara! Notaba yo

entonces que de los pies á la cabeza subía por todo mi sér una corriente abrasadora... ¡qué calor! ¡Y ahora... nada! ¡Estoy yerto! Si me ves animado alguna noche, si me notas conmovido, impaciente... no sospeches de mí, es que me falta una baza ó que me dan codillo. ¡Ve, ve y coge la capa y abrígate ahora, y busca en tu libro, busca la razón de estos calores y de estos fríos.

II

Muchos años han pasado desde que el experto viejo me hizo aborrecer el libro y perder el curso. No faltó más que su malicia para acabarme de alejar del estudio de las ciencias exactas. Él acabó lo que el amor había empezado. Enamorado perdido estaba yo entonces de Rosalía. ¡Oh, Rosalía! ¡Qué daño hizo ayer á mi corazón! Pero de esto hablaremos luego.

Para ver á Rosalía necesitaba yo atravesar:

El jardín.

La huerta.

La carretera que está á orilla del río.

Una tapia alta, en la cual había cascos de botella que yo había tenido que ir separando poco á poco á fuerza de paciencia y heridas.

Y el jardín de su casa.

Todos estos obstáculos materiales vencía mi impaciente afán, y llegaba al lado de la que amaba, en la soledad de la noche, y una vez á su lado, comenzábamos una larga conversación que tal vez ahora me parecería monótona. Los diálogos de los enamorados tienen tan poca variedad como encanto grande. Se repite una frase mil veces, y siempre se nos figura que la hemos dicho y oído por la primera vez.

En aquellas horas que nunca eran menos de cuatro, Rosalía y yo no oíamos el ruido del viento que agitaba las hojas del arrayán ó del olivo silvestre, y para resguardarse del cual veíamos pasar algún pastor con la cabeza envuelta en un pañuelo, que sujetaba el ancho sombrero. La nieve solía interrumpir á veces nuestro coloquio, vistiéndonos de blanco en pocos minutos; y Rosalía, asomada á la ventana del piso bajo de su casa y yo sentado en el borde de aquella ventana, con sus manos entre las mías y la sangre agolpada al corazón, nos mirábamos con tan honda impresión, que desde entonces no creo en el magnetismo, porque, en otro caso, ó ella ó yo hubiéramos sentido sus efectos más de una vez.

Nuestras manos ardían; una corriente de fuego circulaba por todo nuestro sér, y cada una de nuestras miradas esparcía calor suficiente para haber hecho florecer las plantas que el invierno agostara... En una de estas noches, el

frío que por aquella ventana entraba en la casa, produjo una pulmonía al mayordomo, que se murió en cuarenta y ocho horas.

De esto hace diez años, diez años no más, y yo recuerdo la inclemencia del invierno pasado, que combatí con mi gabán de pieles ó ante la alegre llama de la chimenea; y en este verano mismo, cuando el calor sofoca á Madrid y parece que se respira una atmósfera de fuego, me admira la poca impresión que este calor produce en mí, y recuerdo aquellas horas de invierno en que parecía que iba á abrasarme en medio de la nieve.

III

Rosalía se casó con un banquero. Un hombre gordo, alto, robusto, francote, decidor. Comerciante por naturaleza, debe su fortuna á una constante especulación de todo cuanto ha tenido á mano. Cuando le eligieron diputado quiso surtir de azucarillos al Congreso, por medio de una contrata en la que se prometía ganar el 15 por 100. Los trajes que trae á Rosalía de París los introduce de contrabando por ahorrarse 500 reales. Este hombre tiene un millón de renta y va al teatro con billetes de favor. Rosalía declara que la hace muy feliz, y yo *¡no lo creo!*

Anoche, en una casa donde ella, *él* y yo fuímos invitados á comer, se hablaba del calor actual, que es el pretexto de toda conversación entre personas que no la tienen. Media docena de altos empleados, banqueros y abogados comparaban este verano con el pasado y se quejaban del excesivo calor que hacía en el comedor donde nos hallábamos reunidos.

Realmente, la temperatura era sofocante, á pesar de estar abiertos los balcones; las luces, la reunión, el delicioso Jeréz *pálido* con que el dueño de la casa nos regaló, todo contribuía á que nuestra respiración fuera fatigosa; las flores del *plateau* se habían agostado en una hora, y el perfume de los nardos y de los heliotropos me trastornaba.

Rosalía estaba sentada enfrente de mí. Era la primera vez que nos veíamos después de diez años. Yo la contemplaba entre admirado y quejoso, porque al saludarnos en el salón, antes de acudir á la mesa, noté en ella una frialdad extraordinaria. No la suponía desmemoriada ni podía sospechar que el cambio de fortuna la hubiera tornado vanidosa; diferentes veces quise dirigirle la palabra, pero no hallé ocasión. Por fin, su marido, al notar que yo la miraba fijamente, me dijo:

—¿Está muy colorada, verdad? Todo el mundo se lo está notando...

Y dirigiéndose á ella:

—¿Vas oprimida?—le dijo.

Contestó negativamente. Yo dije entonces:

—Estaba mirando á esta señora, porque me asombraba ver que en diez años que há que no nos vemos, está lo mismo que el último día que tuve el honor de...

Rosalía me interrumpió.

—Caballero,—dijo con una sonrisa que me hizo el mismo efecto de cierta noticia dada á mi pobre amigo Gustavo Becker;—creo que usted me confunde con otra persona, porque esta es la primera vez que tengo el honor de verle.

Sentí en aquel momento un frío tan intenso, tan hondo, que creí llegada mi última hora. Si fuera posible colocar á un hombre en el disco solar y arrojarle desde allí sobre el mar del Norte, creo que la impresión sufrida por este sujeto podría compararse á la que yo experimenté al oir á Rosalía.

En el primer instante sentí vivísimos deseos de probarle ante todo el mundo dónde, cuándo y cómo nos conocimos: de recordarle nuestras horas de invierno al borde de su ventana, describirle el paisaje que nos rodeaba en aquellas horas inolvidables en que su alma y la mía se buscaban en la sombra para identificarse, aquellas alboradas de fuego que venían á sorprendernos con su imprudente luz hallándonos como á Paolo y Francesca...

Pero yo no podía hablar; apenas pude pro-

nunciar una palabra de disculpa, diciéndole que, en efecto, se parecía mucho á una persona á quien yo había conocido en otro tiempo; y aprovechando el momento en que todos nos levantábamos de la mesa, ofrecí el brazo á otra señora y pasamos al salón á tomar el café.

Devoré una taza de un solo sorbo, procurando calor al cuerpo, que lo había perdido por completo; un sudor helado me inundaba. Ni el café ni una copa de Kummel variaron mi estado. Pretesté una cita ineludible, y saludé á la reunión, entre la cual oí decir á varias personas:

—¡Qué horrible calor!

Al salir tomé un coche de plaza y me fuí á mi casa. Necesité arroparme como en el rigor del invierno para entrar en reacción. Había pasado dos horas como si hubiera estado entre nieve; es decir, había experimentado en dos horas todo el frío que no sentí en un año de pláticas nocturnas con mi primer amor, con aquella despiadada, indiferente, fría mujer, que ahora no quería ni que la recordara.

Ya repuesto, pasaba la vista distraída por mi mesa de escritorio buscando un libro, un objeto cualquiera que borrase de mi memoria la mala impresión recibida; recordé mi antigua conferencia con mi respetable abuelo, y abrí un *Diccionario* para buscar en él una definición curiosa.

Frío,—leí,—adjetivo que se aplica al estado

en que quedan los cuerpos por la ausencia ó disminución de calor.

Mi Diccionario de la lengua castellana es un regalo que he merecido á un académico. Es un libro interpaginado que sirve para escribir en la hoja blanca las notas, observaciones ó complementos de definiciones que los académicos añaden á las nuevas ediciones de su obra.

Cogí la pluma y escribí al margen:

Frío: El efecto del desengaño instantáneo.

. . . .

Mi respetable abuelo tenía razón: las ciencias exactas no son tan exactas como parece, cuando sus definiciones afectan á las pasiones del corazón humano.

Post scriptum:

Se me olvidaba advertir que Rosalía, según el mundo y ella aseguran, es muy feliz. ¡Ahora sí que lo creo!

MEMORIAS DE UN HOMBRE

Á QUIEN NUNCA LE SUCEDIÓ NADA

I

Me llamo García; soy hijo de García; nieto de García. Me llamo, pues, como casi todos los españoles.

De chiquitín, mamé; de niño, tuve el sarampión. El médico dijo que no sería nada.

Efectivamente, no fué nada.

¿Sigo la historia?

II

¿Y por qué no?

¿Qué mérito tiene narrar acontecimientos importantes en los que uno ha representado el pri mer papel? ¿Hay nada más fácil que excitar el

interés del auditorio con descripciones de batallas, adulterios, robos, quiebras y duelos?

En cambio, ¡cuán difícil no es contar, é interesar contando que uno no ha hecho nada, y que sin embargo pretende dejar memoria en el mundo!

¡No ser nada, y tener, sin embargo, la ambición de escribir sus Memorias, su vida, como Rousseau, como Casanova, como Mad. Roland, como Alejandro Dumas!

Sea, pues; hablemos de mí; yo soy el héroe de lo insignificante

III

He dicho que me llamo como todo el mundo.

Pues también tengo la cara de todo el mundo.

Lean ustedes mi pasaporte:

Frente, regular.

Nariz, regular.

Boca, regular.

Barba, regular.

¿No es esto el triunfo de la *impersonalidad?*

La gran prueba de que me parezco á todo el mundo, es que todo el mundo me detiene en la calle para decirme en seguida:

—¡Ay! perdone usted, le había tamado por otro.

Las mujeres no han dicho nunca de mí más que estas palabras:

—¡Es buen muchacho!

No tengo ni siquiera un lunar.

¡Soy la multitud, el vulgo, la población, el público, el país! ¡Soy una cosa que no se puede ver más que *aglomerada!*

¿Sigo?

IV

Mi juventud... ¡pero qué hablo yo de juventud si no la he tenido!

En esa época de la vida en que los hombres hacen brillar sus veinte años al sol como los soldades sus bayonetas; en ese tiempo en que todas las cabezas tienen delirios, todos los labios canciones, todos los corazones amores, yo estaba sentado en mi silla de Vitoria en el piso bajo de la Dirección de Loterías.

¡Qué podía sucederme allí? Lo que me sucedió. ¡Nada, absolutamente nada!

Había sido juicioso de niño, y comencé á ser un hombre juicioso.

Nunca he tenido deudas.

Nunca he tenido novias.

Nunca he tenido esperanzas.

Nunca he tenido desengaños.

Durante treinta años, desde el pronunciamiento del 43 hasta el pronunciamiento del 68, yo he ido todos los días á mi oficina á las once en punto. A mi cama á las once en punto. Soy puntual como un cualquiera.

Ocupado en mi trabajo, nunca he pensado en nada.

Balzac nos ha dicho en qué piensa el labrador que caza con liga, el retirado que ve jugar al ajedrez, el enfermero que revuelve un caldo...

Si yo tuviera tiempo, yo os diría en qué no piensan:

El mozo que da vueltas á una máquina de imprimir.

El cochero que espera á que baje de la casa el que le ha tomado por horas.

El centinela que mira á las estrellas.

El cura que pide á la puerta del templo.

¡Pensar... en nada! ¿Quién sabe si éste es el secreto de la felicidad?

Favorable á la salud, lo es sin duda; porque yo estoy gordo y no puedo contar lo que pasé en tres meses que hubiera estado en cama, si hubiese estado alguna vez enfermo.

¡Si yo me hubiera casado!

Puede ser que me hubiera sucedido algo.

Pero no me he casado. ¿Por qué? Porque no he tenido tiempo.

Una casualidad me hubiera proporcionado tal vez las ventajas del matrimonio, si las tiene.

Pero yo no sé lo que es la casualidad; feliz ó infeliz, no he tenido la fortuna de ser víctima de accidente alguno.

No he disputado nunca con nadie.

Nunca me han robado el reloj.

Jamás me ha caido nada de ningún balcón.

No he perdido ningún pañuelo.

Nadie ha murmurado de mí; ni lo he sabido para enfadarme.

No he descarrilado; verdad es que no he viajado. En el tranvía no he tenido ninguna aventura.

No conozco ningún país más allá de lo que se ve desde las alturas del Retiro.

Ni siquiera me ha cogido un coche.

No me he encontrado nunca una peseta.

¡Ni falsa!

V

¡Ah, si á lo menos como ciudadano ó como transeunte hubiera asistido á algún suceso memorable!... pero no, no se me ha logrado! Cuando entró Prim, no le pude ver, porque llegué tarde á la calle de Alcalá.

El entierro de Martínez de la Rosa me cogió afeitándome.

No he podido nunca ver de cerca á Castelar.

Temo morirme sin haber oído cantar á Tamberlick.

No conozco á Frascuelo.

Los acontecimientos políticos me han sorprendido siempre durmiendo. De nuestra historia de estos cuarenta años, no conozco más que el ruído. Tiros hoy, tiros mañana, tiros al otro día. ¡Y yo sin haber sido ni siquiera progresista!

VI

Fuerza es terminar este ameno relato.

La lista de todo lo que me ha sucedido formaría volúmenes sin cuento.

Por lo regular, la noche viene á ser para los hombres la revancha del día; las imaginaciones exaltadas sueñan, y muchas veces el sueño es agradable, porque ameniza la vida con sus dulces mentiras.

Yo nunca sueño más que cosas indiferentes. Que el viento se me lleva el sombrero; que la patrona me da malas comidas...

Lector, si usted me encuentra por ahí... mejor dicho, cuando vea usted por ahí á cualquiera

que no le llame la atención, diga usted con entera seguridad: ¡García!

Cuando me muera, no espere usted saberlo. Y si lo sabe, creo que me hará usted el favor de que no le importe nada.

Yo espero que la tierra me sea ligera.

¡Y espero más! Espero que al leer estos renglones muchos soberanos de la tierra, muchos altos personajes, muchos hombres públicos, muchas eminencias, muchas glorias de España, dirán para sus adentros, devorando esas amarguras que produce la tiranía de la opinión y la eterna censura de la humanidad, siempre ingrata:

—¡Qué envidia me da este hombre!

EL DÍA DE MODA

La moda es reina absoluta; lo avasalla todo, absorbe todos los derechos; para ella no hay costumbres, ni tradiciones, ni hábitos adquiridos. Dicta sus órdenes desde trono ignorado, á distancia remota; se parece á Dios, porque está en todas partes é inspira temor sin darse á conocer. Como á la Providencia, se la conoce de oídas; pero ¿qué importa, si en diciendo ella lo que hay que hacer, se hace?

Ella nos puso sobre la cabeza estos tubos de chimenea que se llaman sombreros de copa; ella nos manda llevar hoy el gabán largo, mañana corto, tan pronto con mangas anchas frailunas como con mangas de bala forzada...

Pero mientras la moda solo se extendía á los trajes y sus leyes eran indumentarias, pase. Lo peor del caso es que la moda, apoderándose de

todo, ha invadido el terreno del arte, el de la ciencia: está en moda el extracto de Liebig y la deliciosa Revalenta arábiga; está en moda *el género* en la pintura; está en moda el realismo en la escena, y hasta la manera de oir las comedias se ha sujetado al capricho de la veleidosa deidad. Para oir una comedia con arreglo al reglamento del buen tono, hay que oirla en un día determinado de la semana; los demas días no son *de moda;* la persona á quien le guste un drama en viernes, es *cursi,* si aquel viernes, por ejemplo, no es el día de moda en el teatro donde la comedia se ejecuta.

«La señora de K... se queda en casa los lunes», dicen sus amigos; y van á verla el lunes sin falta porque es *el día de moda* de la señora. Santo y bueno que la señora de K... resuelva no tener más que una molestia cada siete días, ó no proporcionarla, según los casos y las cosas; pero ¿qué utilidad puede reportar una empresa, de que el público acuda *como un solo hombre* un solo día de la semana?

—No, no es la empresa, me dice un empresario al oído; es el público el que ha inventado eso. Y eso no es moda, es economía.

¡Economía! ¡Ya! Antes las familias iban al teatro dos veces por semana, lo cual, efectivamente, salía más caro...

Aquí me interrumpe un espectador para hacer una declaración terrible.

—No vamos más que un día á la semana,—dice,—porque para ver malas comedias hechas por malos cómicos, bastan cuatro *tomas* al mes.

Vuelvo á meditar sobre esta razón, que sería poderosa si una señora que no recibe ni los lunes ni los martes, ni los domingos, no me dijera con adorable franqueza:

—La verdad es que vamos el día de moda al teatro, no por el teatro, ni por la comedia, ni por el autor, ni por los actores, sino porque se convierte el teatro en una *soirée* donde reina la más completa independencia. Allí nos vemos todos y todas. Se luce el traje, se mira al novio, se habla de política, se cuenta lo que pasa; y consta que somos de los que pueden gastarse cuatro duros en una butaca.

Declaro que después de oir directa ó indirectamente todas estas razones, no sé por qué hay día de moda.

Pero le hay; esto es indudable. Los lunes en la Comedia; el primer turno del Teatro Real; los viernes de Variedades; los martes de Apolo...

Meditamos. El empresario aquél se equivoca Asegura que el día de moda es una economía; pero en el momento en que la buena sociedad va todos los días al teatro ya no hay tal cosa. Yo bien sé lo que es. *La buena sociedad* quisiera ir todas noches á todas partes, porque en Madrid existe la monomanía de la diversión; en la imposibilidad de divertirse en *globo*, necesita repar-

tir la semana; y como la buena sociedad en Madrid es un cuerpo, un instituto, un coro que tiene que ir siempre en corporación á las diversiones, ha hecho de las diversiones moda inevitable.

No hay que dudarlo: eso que llamamos en Madrid *la gente conocida*, ó á veces *todo Madrid*, ó la *brillante concurrencia*, etc., etc., se compone de individuos de ambos sexos que no se divierten si no están juntos.

El español *de posibles*, como dice el vulgo, no es feliz en París, ni en Londres, ni en Viena. A los dos meses de permanencia en una gran capital, se aburre, se desespera y se vuelve á su Madrid... Pero no es la *nostalgia* en toda su pureza la que le trae; es que allí no le conoce nadie, no repara nadie en su traje nuevo, ni en su coche flamante, ni en el abono del teatro, ni nadie le saluda, y se le pasan cuatro ó seis días sin encontrar á un conocido que diga:—Ahí va Fulano, conde ó marqués, ó banquero, bien acomodado ó bien vestido.—La sociedad de Madrid es una botica. Cada frasco debe llevar en letras muy gordas el nombre del contenido.

Si váis por las tardes á la Castellana, veréis siempre las mismas personas en los mismos coches, los mismos jinetes en los mismos caballos, esas mismas personas son las que estarán de fijo por la noche en el Teatro Real (primer turno), ó en el Circo (lunes), ó en Apolo (martes),

etcétera, etc. Esas personas son las que constituyen *la gente conocida*. El *público* pasea en el Prado, en el Retiro, en la Montaña; va en una misma noche al Circo, al Español, á la Zarzuela, Variedades, á Eslava, á Capellanes, á la Paza de la Paja ó á la de la Cebada. Para ese público no hay lunes, ni martes, ni miércoles preferido; para ese público no existe día de moda, porque va al teatro á divertirse ó á olvidar sus penas. El día de moda es, pues, una necesidad de las mil personas que no pueden gastar sin que lo sepan sus parientes y amigos, que no pueden estrenar un traje sin que lo celebren ó énvidien sus relaciones, que no pueden amar sin que la gente se entere, y que no pueden ser novios, amantes ó casados sin poner á disposición de su círculo sus afecciones, sus amores, sus guiños, sus sonrisas, sus brillantes, sus flores, sus blondas, sus pieles, sus manos, sus pies, sus brazos, sus hombros, sus bocas, sus ojos, y todo lo que con, en, por, sobre ó para ellas se hace en este pícaro y deshonesto mundo, tan defectuoso como cosa hecha en siete días, según una frase de Miguel de los Santos Alvarez.

Ahora, con el permiso de todo el que tenga la impertinencia de darse por aludido, examine mos el teatro en el día de moda.

Tended la vista en derredor uno de esos días en que la pícara vanidad nos reune en la sala de un teatro á todos los que voluntaria ó *forzosa*]

mente (por que no hay fuerza motriz superior al amor propio) nos lleva á figurar entre la *gente conocida*, y notad conmigo un triste fenómeno económico, cuya sola observación puede captar al cronista la enemistad de muchas gentes.

En un palco la duquesa de***, cuya colosal fortuna conocemos todos; en otro el banquero***, cuyos innumerables millones son una verdad confirmada; en otro un propietario acaudalado; en el de más allá un grande de España de los que aún no han perdido ó malgastado sus rentas; aquí un ex ministro á quien nadie negará su breve enriquecimiento: todos esos pueden haber gastado durante la semana diez veces más de lo que representa su palco, su coche, su vestido.

Pero fijémonos en los palcos de enfrente, en las butacas donde están mezclados *pêle mêle*, los astros y los satélites, los soles y las estrellas, la luz y el reflejo. ¿Quién puede explicarse que al lado del banquero, enfrente del opulento duque, detrás del propietario y delante del usurero figuren con idénticos trajes, en iguales asientos, con el mismo satisfecho semblante, el modesto empleado de diez mil reales, la viuda sin pensión, el artista sin fortuna, el teniente de reemplazo, las hijas del cesante, la esposa del auxiliar, el vago de oficio y el pollo sin carrera?

Y no hay que dudarlo: la misma modista hizo el traje para la duquesa y para la *comandanta*; el mismo sastre viste al banquero y al auxiliar

de la dirección; de la misma tela es la falda de la gran señora y la alegre viuda. Todos han tomado las camisas de casa de Escribano, el frac de la de Caracuel, los guantes de la de Arroyo, las botas de la de Cayatte, el sombrero de la de Aimable. Madama Honorine trabaja sin descanso día y noche para todas estas elegantísimas mujeres. La igualdad ante la renta es asombrosa en los países en que no se paga. Pues bien: declarémoslo con franqueza: al solo anuncio del día de moda, del turno brillante, todo el mundo quiere ser *buena sociedad*.

A medida que progresa la democracia, todo el mundo se viste de frac y se codea con el duque; conforme va desapareciendo el privilegio y el tratamiento; se multiplican los grandes señores. La verdad es que cuando los palcos regios estaban vacíos, cada palco parecía un trono. Somos muy democráticos, pero desdichado del cronista que se olvide de nombrar á la señora progresista ó al miliciano con excelencia. ¡La guerra nos devora, las contribuciones nos arruinan, los donativos para los heridos no acabarán nunca! ¡El cupón no se paga! ¡La Bolsa baja! ¡La cosecha se pierde! ¡Los madrileños no tienen razón, mejor dicho, la han perdido! ¿Pues hay más que acudir al *día de moda* para convencerse de que cada uno es tan rico como el acreedor permite? Y ese día de moda es Madrid retratado en grupo fotográfico, porque en cuanto

Madrid se entera de que hay un día en que la gente que va al teatro es *distinguida,* y de que tal vez el nombre del concurrente saldrá en letras de molde, no hay remedio, todos, grandes y chicos, altos y bajos, pobres y ricos, nobles y plebeyos *necesitan competir* en rumbo y en *posibilidad*, porque el *día de moda* es el resumen de la inmoralidad presente y de la ruina total futura. Es la soberbia de los grandes luchando en las postrimerías de una nación con la envidia de los pequeños.

CELOS

Sospecha, inquietud y recelo de que la persona amada haya mudado ó mude su cariño, poniéndolo en otro.

(Diccionario de la Lengua).

ENCANTADORA amiga,—le escribía yo en cierta ocasión á una á quien pretendía dar el ascenso inmediato,—si yo fuera ministro del amor, y, por consiguiente, jefe del departamento cuya creación le pedía Mad. Recamier á Napoleón el Grande, hace tiempo hubiera remitido á usted un oficio concebido en los siguientes términos:

«S. M. el emperador ha tenido á bien autorizar á la señora de*** para que *dé* cuantos celos guste á D. Fulano de Tal, quedando éste en libertad de tomarlos ó no, según le conviniere».

«Y este Fulano de Tal, que soy yo, no acepta-

ría los celos en ningún caso por temor de recibir del mismo ministerio una nota grave para su hoja de servicios».

Esto escribía yo hace diez años, y de entonces acá tal vez sea esa la única opinión en que persevero.

Hay un libro de viajes á los orígenes del Missouri, por Levis y Clarke, capitanes de la marina inglesa en el que se lee lo siguiente:

«Los *ricaras* son pobres, pero buenos y generosos; habitamos durante algún tiempo en tres aldeas pobladas por ellos, y nos llamó la atención la belleza de sus mujeres. Allí observamos que, recorriendo el mundo, se convence el más testarudo de que todo es susceptible de variaciones. Entre aquellas gentes constituye ofensa gravísima para el hombre que una mujer ame á otro... sin su permiso ó el de su hermano. Una vez cumplida esta formalidad, se juzgan dichosos, pudiendo dar esta prueba de cortesía á los huéspedes ó amigos. Llevábamos con nosotros un negro, y obtuvo un éxito colosal entre aquellas mujeres que nunca habían visto un tipo semejante».

Esta descripción me dió la primera idea para mis observaciones sobre los celos; la lectura del *Otello* de Shakspeare me pareció infructuosa después del descubrimiento de los viajeros ingleses.

Los *ricaras* carecen, por lo visto, de vanidad

en materias de amor y han establecido el *permiso*. Cuando estén enamorados de sus mujeres lo negarán de fijo. En caso contrario, la dignidad que les falta para darse por ofendidos, les da indiferencia para cumplir un deber de amistad que ellos juzgan tal.

Quisiera ser académico para tachar con lápiz *azul* (color que por lo subido y *frappant* está dedicado á los celos, según fama) la definición de los celos mismos.

Yo me limitaría á decir: CELOS: Véase *amor propio*.

Conozco un hombre...

Pero no adelantemos juicios. Algún lector enamorado comienza á sentir deseos de arrojar el libro por la ventana. Ese lector no comprende que yo niegue la existencia de una pasión á cuyo impulso se agita el mundo hace miles de años. No, no la niego, pretendo estudiarla. Digo como un comisario español en una Exposición vinícola extranjera, al oir á un sabio alemán que le pedía su opinión sobre la calidad de cierto vino de la isla de la Madera: ¡Yo no cato, analizo!

Analicemos, pues.

Se llama *celos* á todo lo que en el amor entraña pasión, como se llama ya talento á todo lo que la imaginación produce. Los celos no lo son mientras no pasan de sospechas. Mientras el hecho consumado ó próximo á consumarse no existe, los celos no son sino desconfianza. El

cantar lo dice, aunque antes lo había dicho Calderón:

Son celos unos recelos
de toda alma enamorada;
si son algo, no son celos;
si son celos, no son nada.

Si son algo, pasan de celos á certeza; si la certeza no existe, son alucinación, recelo, miedo, inseguridad, cobardía ó modestia.

Aurora mira á Luis; yo soy más feo que Luis, ó Aurora no me quiere lo bastante, ó Luis puede quererla más que yo...

¡Qué hermosa es Eva! A cada momento le añado una nueva perfección... ¿perderé este tesoro? ¡Todos la miran! ¿Por qué la miran? ¡Es mía!

Fórmula eterna del egoismo humano, cuya variante en el amor se llama celos; como en la política se llama ambición, y en la fortuna avaricia. Harpagón y Otello aman lo mismo, solamente que el tesoro de Harpagón consiste en monedas de oro, y el de Otello en espléndida hermosura, que él juzga que no merece al contemplarse tan feo.

Fulano ama á su novia; la ama tanto, que cuando su padre la besa, Fulano siente á su pesar una conmoción nerviosa; cuando sus hermanos retozan con ella, experimenta un disgusto que las conveniencias sociales le obligan á disimular; no sale con ella á paseo porque le

molesta la involuntaria atracción que los transeuntes sienten hacia ella cuando la miran *todos*; está constantemente disgustado... éste es un celoso en toda regla.

Celos, diría yo también desde mi *fauteuil* de la Academia. Véase *tiranía*.

Tiranía, sí, pero absurda, ridícula... más irritante que ninguna:

Porque no hay pasión que dé
entre la pícara gente
más tormento al que la siente
ni más risa al que la ve (1).

Y hé aquí la poderosa razón que *obliga* á ser celoso. El público, que recrea la vista con la hermosura que pretendemos exista sólo para nuestro uso particular, se divide en tres clases de séres, mejor dicho, de hombres.

Hombres que la admiran.

Hombres que la pretenden con los ojos.

Sí, con los ojos; cuando los celos hablan al oído de la víctima, razonan de este modo. *Aquel* la mira; la mira, porque le gusta: como le gusta y no tiene para qué guardarte consideraciones, la mira diciéndole que sería con placer tu rival; ella no le mirará tal vez; pero los demás lo ven y se están riendo de tí.

(1) Ventura de la Vega.

Los *demás* forman la tercera clase, que se compone de individuos de ambos sexos: éstos son el público ávido de víctimas para la conversación, sediento del ridículo; del *ridículo,* palabra moderna, invención más terrible que la *guillotina:* el ridículo, ha dicho un sabio, deshonra más que el deshonor.

Conozco un marido que está hastiado de su mujer. La Bolsa y el Congreso le ocupan todo el día; es huésped de su casa. Lleva su matrimonio con la resignación con que lleva el tísico su tos. No pregunta jamás á su mujer quién ha estado á verla durante su ausencia.

Este hombre, sin embargo, va á un baile con su mitad, que para él no es ya ni centésima, y no la pierde de vista. Sus amigos dicen: *Fulano es celoso.* El mundo se equivoca siempre en sus juicios externos.

La señora de***, que es hermosa y discreta, no puede soportar á su lado mujeres bonitas. Su marido está imposibilitado de decir una galantería, ni de ofrecer el brazo á nadie, ni de servir una taza de té...

Y es que la señora de*** tiene más orgullo que discreción, y más envidia que hermosura.

He conocido celos... entre dos funcionarios públicos. El jefe, como llaman al ministro, depositaba su confianza por igual entre aquellos dos subordinados. Ambos pretendían la supe-

rioridad en el favor. No podían vencerse y se aborrecían.

A esto llaman los hombres *emulación*, por no adoptar una palabra, cuya aplicación se refiere siempre á hombres y mujeres. Esta emulación no es sino *celos*; pero celos tan terribles como los que siente el pollo enamorado por primera vez al ver bailar á su novia con un caballero calvo y feo; es la envidia en todo su esplendor, y la envidia, La Rochefoucauld lo ha dicho, aunque el mundo ya lo sabía: la envidia es más irreconciliable que el odio.

«Cuando se ama, decía Stendhal, á cada nuevo objeto que hiere la vista ó la memoria, ya estemos en la tribuna del Congreso oyendo una discusión importante, ya vayamos á todo galope á socorrer una avanzada bajo el fuego del enemigo, añadimos siempre una nueva perfección á la idea que tenemos de la mujer amada y descubrimos un nuevo medio, que desde luego nos parece excelente, de hacernos amar más.»

«En cuanto los celos aparecen, el alma conserva la misma costumbre; pero es para producirnos un efecto contrario. Cada perfección que se añade á la mujer que *tal vez* ama á otro, nos hunde un puñal en el corazón. Una voz secreta grita: «Esos encantos van á ser para tu rival.»

De aquí los crímenes por celos; de aquí la enajenación mental, la locura furiosa. He visto en Leganés á un pobre muchacho que pregun-

taba á cuantas personas se le acercaban: ¿se ha casado ya? y se mordía las manos desesperado.

No sé quien ha dicho que sentimos nuestros bienes y nuestros males á proporción de nuestro amor propio. El amor propio se oculta en muchos asuntos de la vida; pero en el amor aparece siempre y sin dar lugar á la intimidad. Todo amante se crea derechos *inalienables*; sin embargo, en el amor de la señora del prójimo no se tienen celos de su marido. ¡Oh! La humanidad tiene una lógica fatal. «Te amo con locura, dice la carta de un salta-hogares novelesco y apasionado; te amo, y tengo derecho á exigirte que no mires á Román, ni saludes esta noche á León, ni recibas jamás á Faustino. Perdona mis celos; pero si no te amara no los sintiera. Esta noche te espero en el baile de la embajada inglesa.»

La adorada víctima contesta: «Esta noche voy con mi marido á otra parte,» y el celoso iracundo... ¡se resigna!

La estadística prueba que en los amores á segundo turno (la ley, que es muy castiza, los llama adulterio, que es palabra mal sonante), por cada amante que ha asesinado, envenenado ó matado en duelo ó un marido, hay diez maridos que han verificado cualquiera de esas delicadas operaciones en el amante.

Lo que no prueba la estadística, pero no es menos cierto, es la calidad de los celos de unos y otros. Los del marido son más verdad, porque

afectan á la reputación. Las conveniencias sociales han hecho esta pasión menos violenta de lo que era en lo antiguo. ¡El siglo que viene no habrá celos! —decía una noche en casa de Valera el siempre ocurrente Ramón Correa; sostenía que esta pasión ridícula desaparecería. No, no desaparecerá jamás, so pena de que en el siglo que viene se engendren séres mortales sin corazón (vase ya notando la falta de esta víscera en muchos). Lo que desaparecerá será la monomanía del amor propio mal entendido. Así como el siglo pasado el noble de raza no se hubiera tuteado con el comediante, ni el palacio de un grande se hubiera convertido en imprenta de un periódico, el miedo del ridículo desaparecerá ante la integridad de la opinión pública.

En Inglaterra la libertad de una mujer soltera llega hasta un extremo inconcebible para el español que no haya tenido ocasión de observarla. Una señorita puede irse sola con un caballero á hacer un viaje de ocho ó diez leguas, sin que padres ni hermanos, parientes ni vecinos se opongan ó murmuren.

Una tarde invité á Fanny, — una rubia encantadora de diez y ocho años, — á una excursión campestre.

Fanny aceptó; sus padres celebraron la idea; su novio tenía que hacer en Londres y no pudo venir con nosotros. Fuimos solos: declaro que Fanny me agradaba más de lo que pide la amis-

tad; pero la idea que de mi honradez tenía toda aquella familia me dió toda la fuerza de voluntad que la pasión me hubiera arrebatado. Dimos nuestro paseo, volvimos por la noche, dejé á Fanny en su casa. El novio nos dijo cariñosamente *Wellcome*. Al mes, Fanny se llamaba misters Pickuy.

¿Se creerá por esto que los ingleses no son celosos? ¿Renegáis de la *imbecilidad* de aquel amante? Error puramente, tergiversación fatal de las palabras que da la misma acepción á la voz *desconfianza* que á la voz *celos*.

Tres veces fuí á ver á Fanny casada para despedirme de ella, y no pude lograrlo porque su marido no estaba en casa. ¡Ya se volvió celoso! diréis ahora. No, es que Fanny no se pertenecía, y en Londres no son aprovechables las horas de oficina ó las tardes de toros.

Declaremos, pues, que todo el mundo habla de celos sin estar bien enterado de lo que son. Convenzámonos de que una sociedad en que todo el mundo sospecha de su vecino no está en cabal salud, y vendremos á parar á una definición que deploro no recordar de quién es, pero que siento no haber inventado.

«Los celos son una enfermedad de la honra».

Francia, España é Italia son países donde los celos hacen todavía víctimas anuales. Vino, juego y celos dan ocupación constante á los Tribunales; pero las mujeres suelen ser absueltas...

cuando no han sido previamente asesinadas por los novios ó los maridos. Las causas por celos prueban que ésta es una de las pasiones más ciegas, más injustas, más estúpidas de cuantas roen el corazón humano.

Se ha observado que en las capas bajas de la sociedad hay más celos; de aquí deduce un estadista que los pobres sienten más, pero ¿por qué no reconocer la verdad práctica de que los celos y la ignorancia son buenos amigos?

Un poeta italiano, no muy conocido, ha dado en unos versos delicadísimos prueba evidente de que los celos son el triple extracto del egoismo humano.

El poeta se siente morir; despídese de Elvira, que por lo visto no le fué muy constante, le muestra el sitio donde ha de alzarse su tumba, pinta lo que en ella sucederá.

In quella bruna pietra
le tórtore verran
é intorno á la mia cetra
il nido intrecieran.

Y al recordar el día en que la ingrata faltó á las leyes del santo amor en que fundieron sus almas, exclama con terrible acento:

E ogni anno, il di che offendere
m'ossasti tu infedel
faro la su discendere
la folgore del ciel!

—¡Oh! ¡esto es demasiado!—exclamaba una ilustre dama á quien yo leía estas endechas;—ustedes pretenden que se les ame *ultra tumba*, momificados y todo!

Y tenía razón, á fe, porque los hombres somos tan egoístas, que al comenzar unos amores pretendemos siempre que se nos cuente los anteriores, para darnos el tono de tener celos de lo pasado.

Otro día hablaremos de los celos verdad. Por hoy damos punto habiendo intentado demostrar...

Pero en realidad no hemos demostrado nada; hemos dicho que los celos al uso, los corrientes, no son sino vanidad, soberbia, envidia, cobardía, temor de ser vencido á cada momento.

Dogal es para la envidia
presenciar la dicha ajena;

decía Bretón de los Herreros; y el celoso piensa siempre que otro va á ser más dichoso que él, porque supone con un egoismo ridículo que al tener ingreso en el corazón de una mujer adquirió la contrata de todas las miradas, todas las sonrisas, todos los pensamientos y todas las conjeturas.

—Tu mujer está coqueteando con todo el mundo, le dijo otra, celosa, al marido de una coqueta en un baile.

—Espera á que den las dos y verás,—contestó él con mucha gravedad.

La enemiga de la esposa denunciada esperó impaciente la venganza: á las dos en punto el marido cae como una bomba en medio de un círculo de adoradores, cuyas orejas echan fuego. Ofrece el brazo á su mujer y se despide de los caballeros con una amabilísima sonrisa, en la que parecía decirles: Muchas gracias.

La enemiga le sigue, y mientras la esposa se pone su abrigo de pieles:

—¿Qué es lo que iba á suceder?—pregunta.

—¡Pues... lo que sucede! Que me la llevo á casa, donde la soledad y el derecho me brindan dulce sueño.

Esta lógica es invencible.

En cambio Rodolfo, un casado sin ventura, cuya mujer tiene celos hasta de los cromos que su marido tiene en su despacho representando las cuatro estaciones, ha resuelto *estallar,* como suele decirse en estos casos. Las preguntas de su mujer le irritan por el tono con que se las hace.

—Hoy he visto á María,—dice Rodolfo en la mesa. María es una conocida, cualquier cosa con faldas.

—¿En dónde?—pregunta su mujer.

—¡En la calle!—responde él, ya nervioso.

La comida se pasa en silencio. La señora afecta una cortesía de que carece. A los dos días

se ha borrado la mala impresión de la sospecha disfrazada de pregunta, y Rodolfo... ¿que culpa tiene él? ha vuelto á encontrar á Mariquila, y lo cuenta.

—¡Otra vez! — dice la señora manifestando gran asombro.

Rodolfo *estalla.*

—Otra vez, sí,—exclama;—pero tranquilízate: hoy no ha sido en la calle, ¡nadie nos ha visto!

....

¡Oh, los celos! *Pasión jocosa* la llamó un autor de óperas cómicas. Pasión estúpida es casi siempre. Tiene ojos y no ve, oídos y no oye.

Pero, á pesar de Ramón Correa, no se acabará en el siglo que viene. Y á fe que lo siento, porque me prometo vivir para presenciar esa *abolición*, mucho más transcendental que la de la esclavitud de los negros.

LA MADRE TIERRA

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO)

A D. Juan Valera:

Si yo tuviera, mi querido amigo, tiempo y constancia suficientes para escribir un libro voluminoso, había de trazarle sobre un asunto tan manoseado como inagotable; porque después de haber leído treinta ó cuarenta obras en las que la *madre* es principio y fin, no he visto aún ningún estudio como pudiera ser el mío, si yo supiera darle forma.

Mi libro tendría por objeto hacer un deslinde que marcan tres palabras castellanas.

Se titularía *Madres, mamás y madrastras*. Tendería á probar que no ha sido veleidad ni capricho de la moda, que aun en el idioma ingiere

sus variaciones y mudanzas, la costumbre adquirida por los hijos de ahora de llamar *mamá* al sér adorado á quien los hijos de antaño llamaban *madre;* porque todo ha degenerado.

Sería un estudio fisiológico acerca de la madrasta, *sér de cuarta clase* como los judios á quienes el gobierno da carta de nacionalidad convirtiéndoles en españoles ínfimos.

Comenzaría por el análisis de la madre tierra, que es la primera en el orden de los afectos filiales.

Seguiría por el análisis de la *madre patria,* que es una gran pasión, y ha sido y puede ser un gran error del corazón humano.

Como estudio de costumbres, me daría ocasión para bosquejar algunos cuadros de la vida interior, donde la *madre* sería un personaje ideal; la *mamá* un personaje cómico, y la *madrastra* un personaje odioso.

En una palabra: mi libro sería muy notable si lo hubiera usted pensado; pero como lo he pensado yo, no puede ser sino conversación familiar con mis habituales lectores.

Por eso me decido á ir publicando solamente fragmentos de esta intentona.

Hé aquí algunos apuntes que desde el verano pasado tengo hechos.

I

INVITACIÓN AL ASUNTO

Son tres hermanas; todo Madrid las conoce, porque forman parte del *todo Madrid* que va al primer turno del teatro Real, á los estrenos de dramas y comedias, á los grandes bailes del invierno, á los conciertos de la primavera, y á las *aguas* del verano.

Son las tres hermosas, jóvenes y solteras; cómoda proporción para un vecino del Cairo.

Estaban hace dos noches en los jardines del Retiro rodeadas de conocidos y amigos.

—Por allí va Félix,—dijo la más joven.

—Yo le suponía en Ontaneda,—dijo la mayor.

—¡Félix!—gritó la tercera.

Félix se acercó al corro, saludó y se sentó.

Venía efectivamente de Ontaneda, y relató con su acostumbrada facilidad de confundir lo cierto y lo falso en chistosa conversación, cuanto había visto y oído en veinte días.

—Pero lo más notable de mi viaje fué...

—¡Ah!—interrumpieron las tres niñas bonitas;—¿le ha pasado á usted algo?

—¿Una aventura?

—¿Un descarrilamiento?

—¿Encontró usted allí á la baronesa? Me lo figuraba.

—Nó; no ha sido nada de eso; fué un rasgo de amor que he presenciado y que de seguro han sabido ustedes, porque le han referido todos los periódicos (1).

—¡A ver, á ver!

—Verán ustedes: Iba en un vagón de segunda una señora que viajaba con un niño de corta edad. Por descuido de los viajeros ó de los empleados, que esto no se ha averiguado, la portezuela del vagón iba abierta, y á poco de echar á andar el tren desde la estación de***, y cuando llevaba bastante velocidad fué á asomarse el niño, y ¡cataplúm! se cayó al camino.

—¡Qué horror!—dijo la hermana mayor.

—¡Qué cosa tan desagradable!—dijo la mediana.

—¡Qué desgracia!—dijo la pequeña.

Los demás oyentes hicieron coro.

Félix continuó.

—Pero hay algo más conmovedor; la madre, al ver caer al hijo... se arrojó detrás.

---

(1) *Correspondencia* del 20 de Julio de 1876.

II

El autor no sabe expresar el acento con que se pronuncian las palabras; porque la ortografía es un arte pobre.

La Academia ó el vulgo podrían inventar una ortografía nueva, una *clave* especial para expresar las inflexiones de voz, los acentos dulces, broncos, melosos, suaves, ahogados, comprimidos, leves, robustos, gangosos...

No basta decir: «Fulano contestó *¡nó!* con acento despreciativo...»

Se necesitaría un signo para pintar el desprecio del que tiene la voz agria, y el del que la tiene sonora. Se necesitaría...

Pero entonces la literatura sería un solfeo, y el estilo tendría algo de trigonometría rectilínea.

Ello es que al oir lo que Félix acababa de contar, las tres hermanas hablaron á un tiempo, y cada cual dijo una frase diferente, pero espontánea, inmediata.

La hermana mayor dijo solamente:

—¡Qué atrocidad!

La hermana mediana exclamó, en tono de pregunta tinta en duda:

—¿Se arrojó?

La hermana pequeña dijo con mucha vehemencia:

—¡Yo hubiera hecho lo mismo!

El autor no quiso oir más; porque las tres exclamaciones le dieron el plan de un libro, que quisiera poder ofrecer á la consideración de las madres de familia.

Aquellas tres hermanas, que son solteras, se casarán porque son bonitas y ricas.

Serán madres tal vez.

Pero, no lo dudéis, la menor será una madre; la mediana no pasará de mamá, y en cuanto á la mayor, ¡oh! ésa debe casarse con un viudo que tenga hijos, porque ésa debe ser madrastra.

Ahora divaguemos amigablemente.

III

Una mujer discreta, es menos mujer que las demás; el talento está en razón inversa del sentimiento en esos séres que, desde que el mundo da vueltas, están destinados á la diplomacia del corazón.

Para establecer bien la diferencia entre las madres *completas* y las que no lo son, he de apelar á otra comparación parecida á la que me sugirió la idea de escribir estos apuntes.

Me ha contado un oficial de húsares, que á

las dos horas de una acción llegó á cierto caserío de Guipúzcoa, donde halló reunidas hasta diez y ocho mujeres, madres todas de los soldados carlistas que acababan de batirse con nuestros soldados.

Creían ellas que los húsares recién llegados, victoriosos y feroces (porque los suponían implacables) iban á pasarlas á cuchillo; y se comprometieron á disimular, para que no supieran los soldados que tales madres eran.

Pero al mismo tiempo no las dejaba vivir la impaciencia de saber el resultado de la acción sostenida por sus hijos durante cuarenta horas de un fuego mortífero, que ellas habían estado oyendo.

Mi amigo sabía, por su asistente, conocedor del país, la situación en que aquellas pobres mujeres se encontraban.

Mi amigo es á más de militar, observador, y quiso ver el efecto que producía en ellas una noticia dada á tiempo.

Entró con sus cuarenta hombres en el caserío, dió las órdenes más severas para que se respetara todo, aposentó su gente y se quedó solo en un granero donde había diez mujeres que se disputaban la honra de agasajarle, iniciando una serie de preguntas hechas con tanta timidez como prisa mal disimulada.

—¡Ay, señor oficial!—decía una:—¡que tarde de fuego! ¿Ha habido muchos muertos?

Otra de ellas, antes de que contestara, decía:

—¿Querrá cenar, verdad? ¿Quiere que matemos un pollo?

Mi amigo sonriendo:

—¿Tenéis algún pariente entre esos bribones?—les preguntó.

— No, señor, no, — dijo otra de las aldeanas con una sonrisa visiblemente forzada.

—Pues todos los que había de este caserío,— dijo el capitán,—*todos* han quedado muertos en mitad del camino.

Al oir esta tremenda frase, de las diez mujeres tres cayeron sin sentido como heridas por una exhalación; cuatro exclamaron á un tiempo: ¡¡¡hijo de mi vida!!! y rompieron en ruidosísimo llanto; las tres restantes no dijeron nada, palidecieron con visible cólera y fueron presas de un prolongado temblor.

El autor sólo considera como madres en todo el esplendor de la palabra á las siete primeras, y de estas siete (si se pudiera elegir madre) se juzgaría dichoso siendo hijo de la primera que cayó sin sentido.

IV

FENÓMENOS FISIOLÓGICOS

Pero—se me dirá—en esto entra por mucho el temperamento, la manera de sentir de cada

individuo, la idiosincracia especial de cada mujer, porque las mujeres sienten siempre de un modo más intenso que nosotros, y expresan sus pasiones de una manera tan diversa como diferente. La ciudadana romana da al vacilante esposo el puñal con que se ha herido, diciéndole: *Toma, Peto, no duele.* La mujer de Nelson antes que creer á Nelson prisionero, le supone muerto, y lo dice con tranquilidad que los historiadores llaman heróica y los maridos deben llamar espantosa. Mme. Recamier sentia el amor de modo tan especial, que pedía á Napoleón un ministerio del Amor, supuesto que había un Ministerio de la Guerra. La mujer de Guzmán el Bueno califica de bárbaro al leal alcaide de Tarifa; la condesa de Robres, mi amiga, ha visto con tranquilidad espartana y aun con placer realista á sus tres aristocráticos hijos haciendo la última campaña con todos sus rigores en la guerra civil del Norte.

Es muy cierto que el corazón humano debiera llevar su lema como los antiguos caballeros en plaza.

Se aman muchas cosas, pero no se delira más que por una.

El afecto, cariño, afición, pasión ó idolatría que un sér siente por otro tiene infinita variedad de expresiones.

Pero yo no intento comentar la estética del amor de madre.

Hay muchas diferencias de madres, y pretendo calificarlas.

Si fuera filósofo, haría un libro. No soy más que literato, y sólo pretendo hacer observaciones.

Pero antes, y á manera de prólogo, quiero divagar un poco al amor de la lumbre.

Permite ¡oh musa cristiana! que olvidándote por unos instantes me pierda en la vaguedad de las consideraciones que me sugiere la madre común.....................................

....

....

LA MADRE TIERRA

¡¡Tierra!!

(A bordo de cualquier buque).

¡De ella venimos!

De su inmenso seno surgen los montes, los árboles, los ríos, los mares, las flores, los hombres...

En su inmensa matriz fecundan todos los huevos.

De la madre tierra hubo de coger el Criador del mundo, según la Escritura, el puñado de polvo que luego se llamó Adán, primer sér hu-

mano, según añejas conjeturas, que á los ciento y pico de años de su edad (y á fe que no se malogró), volvió á la tierra para pudrirse en ella y convertirse en gusano, planta, árbol, brasa, carbón, ceniza...

No se pierde ni un átomo en la naturaleza. ¡Oh madre tierra! Yo te venero cuando me pongo á considerar que tal vez las patatas que hoy me presenta el cocinero doradas y brillantes, sirviendo de adorno al sanguinario *beefteak*, con que garantizo seis horas de vida por lo menos y algunas más de inteligencia, tal vez esas patatas fueron hace pocos años sesos de algún amigo mío que pasaron de masa encefálica á pasta terrosa, después pudridero de gusanos, parecidos á los que los gastrónomos *chics* devoran en el queso, después montón de despojos, luego raíz, y luego legumbre...

El lector me permitirá desarrollar aquí toda una teoría cómico-filosófica-materialista sin contagiarse de mis aseveraciones.

Figurémonos una de esas encantadoras niñas de diez y ocho á veinte años que en una noche de moda son el más precioso adorno de nuestros teatros, una muchacha rubia, esbelta, con los ojos verdes... (Luego hablaremos de los ojos verdes).

El lector, que puede ser un amigo mío, me la enseña.

—Vea usted, autor,—me dice,—vea usted esa criatura.

Yo me admiro en la forma más corriente.

—¿La conoce usted?—me pregunta.

—Mucho.

—Y ¿por qué se ha quedado usted triste mirándola?

—Triste... no. Estoy pensando... dónde irá á parar un beso que le dí cuando ella tenía día y medio.

—¿Cómo?

—Verá usted. Yo conozco mucho á los padres de Aurora, que así se llama.

Cuando esta niña nació estuve en su bautizo; la pasaron para que todos la admiráramos, y había de qué, porque nació robustísima y dejaba adivinar su actual hermosura.

Todos los convidados la besaron una y mil veces, y cuando llegó mi turno, quise besarla donde no la hubiera besado nadie, por dos razones:

Primera: la originalidad.

Segunda: me sucedía en aquel momento lo que me pasa cuando he de besar una de esas imágenes que besa todo el mundo; considero que allí acaba de poner sus labios una vieja devota, un niño baboso, un cristiano con el aliento fétido, y no beso y paso por irreligioso sin serlo.

Por esta razón y por la otra cogí á la niña, y haciéndola llorar, porque mis bigotes le hicieron cosquillas, le dí un beso en la barba.

Y... repare usted, amigo lector; ¿ve usted un hoyo que tiene en la barba Aurorita?

—Sí.

—Pues allí está escondido mi beso.

—¡Ah! ¿Cree usted que está allí?

—Sin duda, y á eso voy á parar con toda mi conversación. Yo tengo ideas que no son especiales ni originales, porque son mías. Si le dijese á usted que eran de Byron, ó de Wifh, ó de Hugo, ó del mismo Paul de Kock, que gusta tanto por ahí, le parecerían á usted doblemente graciosas. Yo creo que los besos que se dan con vehemencia ó con pasión, no se caen nunca de la cara; son lunares invisibles que nos regalamos de un sexo á otro, como hay millones de estrellas en el cielo á las que no alcanza la vista.

¿Cree usted que se puede perder el beso que nos da nuestro padre una hora antes de morir? Yo tengo ese beso en la mejilla derecha hace quince años; un beso frío, helado, pero eterno, inmortal; se conserva como el apellido, se siente como los latidos de las sienes sobre la almohada (1).

Si usted es casado, y se casó honestamente, con casto amor y seis años de relaciones, y carrera concluída, y papeles que vinieron del pue-

---

(1) Dos besos hay en mi vida
que no se apartan de mí;
el último de mi madre
y el primero que te dí.
(*Oído en Sevilla.*)

blo, y novia bien educada y de familia honrada, y todo eso de que nos burlamos cuando aun no hemos llegado á pensar en casarnos, de seguro recordará usted el beso primero que le dió á usted su mujer... ese lo tendrá usted en los labios, á pesar de todos los cigarros y todos los líquidos y toda la saliva que hayan chupado, relamido y echado sus labios de usted; esté usted seguro.

A mí me dijo una mujer: *¡Adiós para siempre!* hace once años; al decirme esto me besó en la mejilla izquierda, y desapareció: desde entonces padezco de neuralgias, y en la fiebre que me producen... ¡la veo! y al verla, siento el dolor que pasa de la mejilla á la mandíbula, de la mandíbula á la frente, de la frente al oído... y el médico me receta drogas... ¡incauto! ¡Es el beso, el beso, que recorre la cara!

—Pero se olvida usted de Aurora, y de que estábamos hablando de la madre tierra.

—Besé á la niña en la barba, como decía, y desde entonces sigo con interés todos sus pasos, y envidio á mi beso, que oirá tantos elogios, tantas declaraciones de amor, tantas frases de esas que llamamos *íntimas* por hablar mal; y como entre las cosas incorpóreas ha de haber indudablemente correspondencia y simpatía, el beso, á manera de fuego fátuo, saldrá en la soledad de la noche de la fosa en que yo le enterré, y revoloteará por el cerebro y oirá ó producirá ensueños...

Pero no es esto lo que yo envidio al beso mío...

No; yo le envidio desde el momento en que esa niña encantadora que usted ve ahí se empiece á convertir en una masa putrefacta...

Porque... ¡quién sabe! tal vez Aurora llegue á noventa años; pero dicen que está enferma del pecho, va siempre apretada porque es moda, baila porque es joven, bebe el agua fría, se acuesta tarde... todo esto, á pesar del cariño de sus padres. Así nos educamos todos y así nos morimos.

Si Aurora, pues, se muere pronto, verá usted ó vería si fuese posible, qué irrisoria cosa es la hermosura.

Comenzará á enflaquecer, sus encantadores ojos, hoy tan brillantes, se irán apagando como las brasas que á última hora de la noche han dejado los extinguidos troncos de la chimenea. Su voz... ¡Ah! Si usted la oyera cantar, diría usted de ella con el Dante:

Spiega con tal pietate il suo concetto
é il suon con tal dolcezza v'acompagna
che al duro inferno intenerisce il petto.

Pues esa voz también irá extinguiéndose como el sonido de un timbre dentro de la campana pneumática; y á los dulces sonidos con que hoy atrae á todo el que es joven y tiene buen gusto,

sucederán golpes de tos seca, ágria, esputos de sangre, y Aurora desaparecerá de la buena sociedad madrileña, que se irá olvidando de ella poco á poco.

Mi beso hará seis meses de cama.

Al fin de esos seis meses leerá usted un día en *La Correspondencia*.

LA SEÑORITA

DOÑA AURORA PÉREZ DE ROMERALTA

ha fallecido.

Sus desconsolados padres, tíos, hermanos, primos... etc..., etc.

Aquel día todos los amigos y amigas se harán lenguas del suceso, de la hermosura de la pobre muchacha (sobre todo las amigas á quienes ya no hará sombra, créalo usted lector), y si vive usted en la calle del Arenal, que es donde habita esa apreciable familia, verá pasar el coche mortuorio seguido de doscientos coches particulares.

Sigamos al fúnebre cortejo. Allá, en el cementerio, según la costumbre, han de abrir el féretro para decir un responso.

Todos los amigos que han ido á acompañar al cadáver rodean la caja; ya la abre un sacristán... se oye una exclamación general: ¡Aurora ya no es Aurora, es un mónstruo! El cuer-

po hinchado, el rostro de mil colores, lleno de manchas cárdenas, los ojos han desaparecido... ¡y esto en dos días!

Luis, aquel oficial de Estado Mayor, que hace seis meses ofrecía su vida en cambio de un beso de Aurora, se hace el distraído y se va á leer los epitafios por las galerías. Enrique, su primo Enrique, que la estrechaba contra su corazón cuando bailaba con ella en casa de la condesa del Montijo, exclama sin poderse contener: ¡Qué horror!

El féretro vuelve á cerrarse, los amigos tornan á Madrid, y alguno recuerda los versos de Gustavo Becker.

Sin embargo, *nuestro* muerto no se quedará solo, porque el lector y yo nos quedamos para observarle:

Aquí de nuestra curiosidad: vamos á pasar, mentalmente, por supuesto, días, meses, años, junto á este cadáver.

¿Qué prefiere el lector, el enterramiento en la tierra, el modesto nicho ó el aristocrático panteón?

A mí me es igual: ¡á la tierra ha de volver todo!

Supongamos lo más lógico; lo que siempre debiera suceder.

Supongamos á Aurora enterrada en el suelo.

Un *pater noster* que dure meses, lector, para que el tiempo pase.

Aquella hermosa caja de madera forrada de raso blanco con sus cintas azules y sus borlas de oro, ha sido durante tres meses manutención diaria de unos anélidos blancuzcos, diminutos, parecidos á las orugas que los muchachos cogen en la corteza de las encinas. Un millón de estos diminutos antropófagos ha tenido la avilantez de comer sin cesar raso, cintas, cordoncillo de oro, madera; el vestido de Aurora, sus zapatitos blancos, sus diminutos pies, sus brazos ex-marmóreos, sus manos un tiempo intérpretes de la *sonata en do menor* y de los valses de Wandteufeld; su pecho, sus labios, sus narices, sus ojos; un ojo se ha convertido en hormiguero... aquellos cabellos rubios y sedosos han desaparecido; la cabeza se convirtió en monda calavera.

A los dos años el padre de Aurora ha muerto; su viuda pierde la fortuna en un pleito; los hermanos de nuestra malograda amiga se van á la Isla de Cuba de vistas de la aduana; los demás parientes ó trabajan ó se divierten, el capellán del cementerio repasa un día el libro de entrada y ve que ha pasado el plazo concedido para renovar el derecho de estar enterrado (porque á muchos muertos les vence el alquiler, aunque parezca monstruoso), y da una voz al sepulturero para que quite del medio á los que estorban y haga sitio á otros.

El sepulturero se echa el azadón al hombro,

enciende su cigarro y comienza á ahondar cantando:

Una tarde muy fresca de Mayo
Cogí mi caballo
Me fuí á pasear...

A poco rato el azadón da en una tabla; es el féretro de Aurora que el enterrador acaba de hacer pedazos.

Entre esos pedazos aparecen girones del vestido, huesos rotos, masa informe de cabellos, carne *terronizada*, un medallón de oro...

El sepulturero recoge esta alhaja, que se conserva entera. ¡Oh! ¡El oro es eterno! ¡El oro no desaparece, no desaparecerá jamás!

Mientras el sepulturero saborea su hallazgo, un perrillo travieso que corre de un lado á otro tira de un pedazo de tela que asoma por entre dos tablas, sale con ella parte de lo que fué cavidad torácica y todo va rodando hasta el otro lado del patio; caen los huesos en el hoyo donde acaba de ser trasplantado un ciprés, que con otros muchos ha de adornar el patio de la sacramental, y allí se quedan.

En tanto el azadón, movido por la mano de un hombre satisfecho porque se ha encontrado una alhaja que nadie le ha de reclamar, va sacando *pedazos de lo que fué una mujer hermosa*, y los va desparramando por el suelo.

El lector sigue conmigo la dirección que lleva el cráneo.

—¿Cree usted que mi beso no está ahí?—le digo, sonriendo tristemente.

Está en el hueso. ¡Los besos ahondan! El cantar lo dice, señor mío.

> ¡Diez años después de muerto
> Y de gusanos comido,
> Se han de encontrar en mis huesos
> Señas de haberte querido!

Las señas de mi beso ya sabe usted cuales son; ahi está... ahí... ¿pero qué haces, hombre impío?

El sepulturero ha dado una feroz patada sobre el cráneo haciéndole pedazos...

No importa. Mi vista seguirá esos pedazos mientras se vean, y aun más tarde.

La operación hecha en la fosa de Aurora se repite en otras varias; los huesos, las costillas, y los girones de varios séres que fueron, forman un montón de tierra húmeda y negruzca.

Observemos ahora.

Parte de Aurora está al pie del ciprés en retoño. Otra parte se ha quedado en la tierra convertida en gusanos, terruños y cascarilla.

Y otra parte está en el montón.

Este montón de tierra... ¡se vende!

Y no se vende completo, sino por partes. La tierra la compra un vecino de Fuencarral, para

abonar un campo. Esta tierra es excelente para las hortalizas que en ella se siembran; son de una sustancia y un gusto superiores á toda ponderación.

Los huesos los compra de contrabando el dueño de la fábrica de fósforos más próxima al cementerio. Del hueso sale el fósforo que luego nos alumbra ¡Oh! ¡Aurora! Yo encederé con tu esencia cigarros de la Habana; tú me darás luz para subir la escalera de mi casa al volver del sarao. Fuego fátuo fuiste que hubieras asustado á cualquiera de tus amigas, y tal vez una de ellas quemará con un fósforo, alma de tus huesos, la horquilla con que se ha de pintar los ojos para hacérselos más rasgados.

Lector, la vara mágica de mi voluntad hace pasar los años en minutos.

¿Ve usted aquel ciprés que asoma por encima de las tapias de la Sacramental de San Nicolás? Ahí está Aurora.

¿Ve usted ese plato que trae el camarero? Tal vez es Aurora la que se va usted á comer en esos apetitosos guisantes.

Y aquel humo que se levanta allá á lo lejos, es el incendio de una manzana de casas. Lo produjo un fósforo que cayó sobre una barrica de pólvora. La sombra de Aurora se vengó de la humanidad olvidadiza.

Pero no por eso Aurora ha terminado su carrera.

Los restos del incendio, cenizas serán que á la tierra han de volver. Comerá usted el plato sazonado; pero será sangre, quilo, secreción, líquido; sangre, vida, cadáver, ¡y tierra otra vez! ¡Caerá el ciprés, rodarán sus hojas, se venderá su tronco, se quemarán sus ramas, serán carbón, moverán calderas de vapor, se harán cenizas, ¡y vuelta á la tierra!

¡Todo á la tierra! Madre cariñosa, de brazos invisibles y de *inagotable seno*, yo me prosterno y te beso, como los puritanos te besaron al hallarte como madre adoptiva y huérfanos de patria. Tú eres principio y fin de todas las cosas, alma del mundo, y cuna y tumba, y senda y camino, y asiento del universo, y testigo mudo de nuestras grandezas y de nuestras miserias.

De tí nace todo, y todo acaba en tí; el mar busca en tí su lecho, y él es piélago de que tú eres orilla.

¡Tierra! dice el navegante, con regocijada voz, cuando te mira. (*¡Italiam! primus conclamat Achates*).

¡Tierra! Que es decir vida, animación, movimiento, comercio, familia, amores, hogar, ambiciones, honores, centro y circunferencia. Eneas ante Italia, los cruzados ante Jerusalén, Colón ante San Salvador...

¡En tu seno se esconden los tesoros que el mar no guarda; tú nos das el oro y el hierro y el diamante preciado; surge el volcán de tus entra-

ñas, y el manantial de salud, á toda dolencia lenitivo; nodriza cariñosa y enfermera incansable, nos ofreces todos los veranos, por millares de chorros, aguas sulfurosas termales, sulforosas frías, salinas, cloruradas, sódicas, acídulosalinas, azoadas, sulfhídricas, ioduradas, nitrogenadas, hidro-sulfurosas, ferruginosas, carbónicas, bicarbonatadas, bromoioduradas, tíbias, calientes, templadas, remedio de todas las erupciones, de todos los vicios y de todas las costumbres!

Cimiento de todas las fábricas, asiento de todas las viviendas, lecho de todas las simientes, abrigo de todas las raíces, horno de todos los productos, depósito de todas las materias y habitáculo inmenso de todas las especies... ¡Tú eres aquella á quien en reducido espacio hemos debido todos una cuna en la comarca que llamamos siempre *mi tierra!*

«¡Hijos de la tierra, nietos de la nada!» decía un célebre predicador á sus oyentes.

¡Oh! no, yo entiendo la genealogía de otra manera.

Yo dijera en su caso: «¡Hijos de la *patria* y nietos de la tierra!»

Porque si la tierra entera es madre venerable, hijuelas suyas son las cunas respectivas de los hombres, y por eso la patria es la primera madre en el orden de los afectos humanos.

¡SILENCIO!

(Á LA DUQDESA DE HIJAR)

Una noche, mientras las parejas bailaban el rigodón, yo miraba al suelo distraído, y usted me dijo:

—¿En qué está usted pensando?

No sabía en lo que pensaba; pero ahora recuerdo que eso le sucede á mucha gente, y recuerdo además que el silencio es una cosa muy discutible. De elocuente le han calificado, y puede serlo, á pesar de que el vulgo que ha tratado todas las materias difíciles ha dado la opinión sobre el silencio de muchos modos.

El que calla otorga.

El que calla no dice nada.

Más vale callar.

Al buen callar llaman Sancho.

Es indudable que en muchas ocasiones el silencio se parece al sueño.

A veces se duerme diez horas; en esas diez horas se sueñan varias cosas que luego no se recuerdan. Del mismo modo, usted, yo, aquél, nos quedamos mirando á un objeto fijamente y pensamos un mundo de cosas que pasan por delante de los ojos con la velocidad de mil rayos.

Este es el silencio momentáneo. Silencio durante el cual se oye el rigodón, la conversación de las señoras que están al lado, el ruído de la seda, la lluvia de afuera y los golpes que uno mismo está dando con el pie en el suelo, y al mismo tiempo se ve á una persona que está en el extranjero, se recuerda una música que se oyó el año 54, y se piensa en lo que se hará mañana por la mañana: todo esto dura dos ó tres minutos, hasta que una voz nos dice:—¿Qué piensas? —Hola, no, nada.—¿Quién es aquélla?—Fulana—¡Ah! sí... O cosa por el estilo.

¡Oh! ¡El silencio! Si se pudiera clasificar, podría dar ocasión á un estudio curiosísimo. Supuesto que hay exposiciones de antigüedades, de flores, de vinos, de perros, y hasta de casarse (que es exposición permanente) si usted me lo permite, haré un ensayo de exposición de silencios.

Por ejemplo:

Silencio orgánico. Que es el que se guarda (salvo los ratos en que se llora), desde que se nace hasta que se dicen las primeras palabras. Este silencio suele interrumpirse generalmente de

noche. Los niños lloran casi siempre cuando han de despertar á alguien.

Silencio de primeras letras. El maestro nos pone de rodillas con los brazos en cruz con absoluta prohibición de hablar. En esos momentos se piensa siempre mal. Comiénzase á iniciar ya en el alma una idea que yo tengo aprendida hace mucho tiempo, la de que el hombre, rey de la creación y privilegiado con el dón de la palabra, es mucho más malo cuando calla que cuando habla.

Silencio poético. Pertenece á esa edad en que se empieza á ser joven, dejando, por consiguiente, de ser niño. Se calla para hablar con el corazón, porque no se piensa más que en una cosa, ó mejor dicho, en una persona. Este silencio quita el sueño. Los poetas lo han adornado con objetos á propósito. Es Ofelia deshojando flores; es Wertter paseando bajo los tilos; es *Fulano de Tal* dando vueltas en la cama pensando en *ella;* el estudiante con los codos apollados sobre la mesa, el libro abierto delante y pensando, en vez de estudiar, en la vecina del cuarto principal de enfrente; un caballero que pasa las cuatro horas que dura la representación de *Los Hugonotes* sin oir la ópera y con la vista fija en la platea de la derecha; una muchacha rubia, que sin saber por qué, se queda mirando el abanico abierto durante treinta minutos.

Silencio terrible. Figúrese usted á Hernán-Cor-

tés en la *noche triste* con los brazos cruzados, mirando al suelo y convencido de que las fatigas de la navegación y de la guerra han sido tiempo perdido. Recuerde usted á Galileo sentado en el banco esperando que le pregunten; Napoleón el Grande la noche de Waterloo; Santa Teresa extasiada; Felipe II esperando noticias de Aragón; el duque de Alba en la soledad de la noche meditando en los degollados de ayer y en los ahorcados de mañana; Miguel Angel con los ojos medio cerrados imaginando el *Moisés* del mausoleo de Julio II; Dante resolviendo en el silencio de un agravio pasar de güelfo á gibelino; Shakspeare callado todo un día rumiando uno de sus disgustos matrimoniales; María Antonieta oyendo al pueblo desde su cámara solitaria; Montgolfier en el primer cuarto de hora de su ascensión primera; Zutano cayendo desde el viaducto á la calle de Segovia; Fulana sorprendiendo en el gabán de su marido la carta de la vizcondesa; el suicida con la pistola en la mano; el coronel en la madrugada en que ha de sublevar el regimiento; la madre viendo partir el vapor-correo donde se va su hijo único desterrado; el comerciante madrileño leyendo un telegrama de París que dice: La casa X... ha quebrado anoche.

Todos estos silencios, cuya duración varía desde un minuto, en que casi se suspende la circulación de la sangre, hasta una noche en que salen las primeras canas, constituyen los grandes

momentos de la existencia, son las grandes efemérides de la humanidad en la vida privada.

La historia consagra eterna memoria á las grandes fechas, y el hombre no puede menos de consagrarla á sus grandes alegrías ó pesares. A los pesares sobre todo; y siempre esas grandes fechas se han eternizado en nuestra memoria por uno de esos momentos de silencio espantoso.

La historia dice, por ejemplo:

1137.—Unión de Aragón y Cataluña.

1212.—Batalla de las Navas.

1450.—Invención de la Imprenta.

1492.—Descubrimiento de América.

1492.—Conquista de Granada.

1483.—Nacimiento de Rafael de Urbino.

Un hombre sensible, apasionado, *hombre* en fin, dice:

1845.—Me decidí á casarme después de pensarlo toda una noche.

1852.—Me batí con Sandoval y pasé un cuarto de hora horroroso entre el miedo y el disimulo.

1854.—Invención de un pariente de mi mujer que vino de Puerto-Rico. Dudas.

1862.—Descubrimiento de mi deshonra. Instante espantoso cuando decidí matar.

1870.—Conquista de Teresa.

1873.—Nacimiento de Luis.

Pasemos al silencio inevitable. Llamo así al que

no podemos romper sin caer en ridículo. Es el silencio de la multitud que oye un drama; de los fieles que oyen un sermón; del hijo que escucha la larga reconvención de su padre; del desdichado que oye á un principiante leer un drama; de la reunión que oye á una señora contar lo que le sucedió yendo á la Habana con los niños enfermos...

Este silencio es el de los grandes recursos. De cada diez personas que oyen, no hay más que una ó dos que escuchan. Los ojos vagan disimuladamente de un objeto á otro. El orador grita: ¡Sin la libertad no hay nación posible! ¡Yo soy independiente! ¡Contad con mi vida para todo!

Las diez mil almas que oyen, se han puesto de acuerdo sin previa conversación para aprobar, unos por inocentes, otros por medrosos, otros por interesados. Mil piensan:—¡Qué bien habla! ¡Qué envidiable elocuencia!—Dos mil dicen para sí:—Serás como todos.—Tres ó cuatro mil murmuran:—Este va á ser ministro.—Los restantes calculan:—¿Me colocará?

En el sermón, las viejas rezan sin oir; las jóvenes oyen y rezan y aun miran de soslayo; los hombres analizan ó aprueban sin entender; los niños juegan en silencio ó estudian las caras; hay quien se duerme, y hay quien roba pañuelos.

Rossini, oyendo al autor de un libreto exten-

sísimo en cuya lectura empleó tres horas, dijo por fin:

—¿Puedo ya dar mi opinión?

—No deseo otra cosa.

—Pues he observado que tiene usted una excelente voz de bajo cantante (!!!)

Silencio melancólico. Esta es una enfermedad que no aparece en los tratados de medicina; es enfermedad crónica, atonía moral, ictericia sin color, consunción financiera y anemia social; la padecen los marinos, los enamorados ausentes, los deudores y los enfermos. A bordo se cura paseando de popa á proa; en amor se cura escribiendo cartas y contando simplezas á un amigo; en las deudas se cura cobrando el premio gordo de la lotería; y en las enfermedades mirando al techo, oyendo el piano del cuarto segundo ó teniendo familia.

Silencio fatal. Es el más frecuente, por lo mismo que es èl peor. Se oye decir que D. Andrés es un excelente hombre, un bello sujeto, la probidad misma; y en lugar de convenir con lo que dice, se calla. En la mesa, en la *soirée*, en un palco del teatro Real se oyeron estas palabras:

—¿Quién es esa?

—La de***

—¡Ah! sí; es amiga mía. Qué buena persona, ¿verdad?

Todos los circunstantes se callan durante tres segundos, al cabo de los cuales dice uno:

—¿Qué se ha dicho hoy de nuevo?

Hablan dos amigos y dice uno de ellos:

—Porque tú ya sabes que yo no tengo más rentas que mi empleo, y gracias á que mi mujer convierte las pesetas en duros: la pobre es buenísima, honradísima...

Silencio de dos segundos; el amigo que oye dice por fin:

—Prueba estos cigarros, á ver qué te parecen.

¡Ah! ¡el silencio! se ha dicho y repetido y la frase es ya vulgarísima; el silencio es siempre elocuente, amiga mía; no hay momento perdido entre las gentes civilizadas.

Pero á lo menos este silencio que se puede describir, comentar, estudiar, tiene su encanto, porque de su observación se deduce lo que piensa la humanidad cuando calla. Es el silencio *personal,* si se me permite calificarlo así para distinguirlo del silencio del bosque, del silencio de la noche, del silencio del claustro, del silencio de las tumbas...—El silencio verdaderamente desolador por lo intraducible, es el que no sé cómo llamar, porque no tiene nombre. Es á la vez pausa, abstracción, ensimismamiento, meditación, indiferencia, idiotez... puede serlo todo y puede no ser nada. Puede ser un mundo de ideas y una sola.

Trataré de explicarlo.

¿En qué piensan todos los que sufren la condena del silencio forzado?

Sí; este es su verdadero calificativo. Silencio forzado y forzoso, expresión solemne, trascendental, metafísica, tan *inalienable* como los derechos individuales de marras, de todo aquello en que *no* piensan los siguientes personajes, todos reales, todos importantes para la vida de los pueblos; todos, en fin, dignos de la consideración del publicista.

Observemos el vago, misterioso, interesante, atractivo, discutible, sordo, profundo, filosófico y constante silencio de los séres humanos que á continuación se expresan:

El cochero que espera, sentado en su pescante, durante *horas,* al parroquiano que está en la casa en cuya puerta se ve parado el coche.

El mozo de una imprenta que desde las doce de la noche hasta las cinco de la madrugada da vueltas al volante sin hablar con nadie, viendo salir de la máquina los cuarenta mil números de un periódico.

El saboyano que va sólo todo el día por la calle dando vueltas al manubrio del organillo.

La hermana de la Caridad á la cabecera del enfermo que no habla y se queja veinte días seguidos.

El centinela, de pie dos horas en la madrugada de Diciembre, en la *Punta del diamante*.

El carcelero con su manojo de pesadas llaves dando vueltas por los corredores de las prisiones

El campanero tirando de la soga hora y media tocando á muerto.

El sereno sentado en el umbral de una puerta.

El pescador de caña.

El remero viniendo hacia el puerto con doce remeros como él que hienden el agua á compás.

El cabrero detrás de las cabras.

El cura que lleva á paseo los alumnos del colegio.

El aldeano que va guiando la carreta por la carretera.

La vieja que pasa la velada de invierno con la cabeza embutida en la calceta cogiendo puntos durante seis horas.

El preso incomunicado tres meses.

El guarda-faro, solo en una torre en medio del mar, días, meses, años.

El confesor que espera toda la mañana á un penitente.

Los cuatro soldados que llevan en andas la camilla en un trayecto de dos horas.

El confinado que va en el fondo de un barco.

El tejedor solo en su telar desde el alba al crepúsculo.

La niña bonita que va todas las tardes á pasear al Prado con su mamá sin cambiar con ella una palabra en toda la tarde.

La monja en su celda.

El cesante sentado todo el día sin hablar con

nadie en un rincón de la portería del Ministerio...

¡Y el niño de siete años que, en lugar de jugar, reir, correr y divertirse, va todo el día, todo el mes, todo el año, guiando de la mano al ciego que pide limosna!

Yo me declaro vencido. Supongo, calculo, medito todo lo que hay dentro de la mente de estos taciturnos ilustres á quienes envío mi admiración y mi consideración más distinguida; pero al querer descubrir los misterios de su pensamiento, sucumbo y declaro que si el silencio á quien han llamado *augusto*, desde Virgilio hasta Echegaray todos los poetas (por lo cual es tocayo de todos los príncipes y reyes padres) puede ser, como hermano legítimo de la soledad, consuelo de las penas, alivio de los pesares y solaz de los corazones, también es enemigo del alma, tan traidor y alevoso en la desolación de la prisión celular, como burlón en medio del alegre ruido de las ligerezas humanas.

Hay siempre algo de sombrío en él. Dueño y señor de la palabra, el hombre no calla sino cuando se calla buenas cosas. Por eso yo no digo sino las peores que sé, y aquí termino dando punto y recomendándole á usted que guarde el silencio más absoluto respecto de la bondad de estas observaciones.

FIN DE FLAQUEZAS HUMANAS

ELLOS Y ELLAS

(CHISTES... INTERNACIONALES)

PROEMIO

AL EDITOR ALVAREZ, ¡SALUD!

Hace un año me pediste un libro de epigramas que te escribí en Semana Santa, mientras el pueblo iba á los Oficios.

Hoy me pides un libro de chistes que he recogido en Carnaval, mientras el pueblo va á los bailes.

Uno de tus colegas que ya pudre, el editor Gaspar (D. José), me decía un día en cierta ocasión: «Con el ingenio que desperdician ustedes charlando alrededor de una mesa, se podrían hacer muchos tomos.»

Y asi hacía él aquellos *Almanaques del Museo Universal,* que los lectores se arrebataban de las manos.

Había en ellos palabras sueltas de Alarcón, Correa, Inza, Palacios, Rivera, Villergas, Becker, Bustillo, Viedma, Serra, Campoamor, Selgas, Grilo... ¡qué sé yo! Aquellos almanaques juntos, son una floresta deliciosa.

Las demás que en nuestro país se han hecho, abarcan demasiado. *Las mil y una barbaridades* que es la más voluminosa entre las modernas, comprende, no sólo los chistes de particulares y las frases históricas que el erudito Monlán recogió con cuidado sumo, sino las charadas, logogrifos y demás bagatelas que huelgan en un libro de *esprit* literario.

Manuel del Palacio, coleccionó muy lindos pensamientos en un tomo de trescientas páginas, que se llama *El amor, las mujeres y el matrimonio*.

Velázquez y Sánchez, tu graciosísimo compatriota, recogió también en un diminuto volumen, que se titula *El Caldero del Diablo,* chistosísimas ocurrencias de sus paisanos, puestas por él en verso y en prosa.

Nuestro público es aficionado á este género de lecturas, y tiene razón, porque en ellas se aprende siempre algo y revelan el ingenio actual de nuestra raza.

Los franceses, que estiman en más la gracia que el talento, toman sin confesarlo, modelos en nuestras innumerables colecciones. Los periódicos más populares de París las traducen con

frecuencia, y parece *esprit gaulois,* lo que es en realidad *buena sombra española.*

Esta breve colección que te envío, contiene además de algunas anécdotas ó frases históricas poco conocidas, buena copia de frases que he oído en diferentes ocasiones, ya en el salón, ya en el *atelier,* ya en los bastidores, ya en el vagón, ya en la calle.

Formo, pues, con ellas, un tomo de chistes ajenos, que en calidad de tales, me permito elogiarlos y recomendar el libro á tí primero y al público después. Hay frases en él, que quisiera que fueran mías, pero con ser la mayor parte de ellas de libros extranjeros, no me harán confesar que seamos inferiores los españoles en esto de la gracia repentina, que llamamos ocurrencia en lenguaje vulgar.

Ya Capmany lo dijo en su tiempo; nuestro pueblo es ocurrentísimo. Cita entre otras cosas, la frase del labrador español, que viendo á un viejo temblón de manos, le dijo sonriendo:

—Señor; malas manos tiene usarced, para robar panderos.

Especialísima es la gracia andaluza, por ejemplo, aquella de mi amigo el malagueño D. Pedro López, á quien un amigo pesado le cogió la mano para saludarle y no se la soltaba en la media hora que llevaban parados hablando. En esto llegó un amigo, y D. Pedro López, dirigiéndose al primero, le dijo:

—¿Me hace usted el favor de mi mano, que voy á saludar á este caballero?

Los aragoneses son originalísimos en su estilo. Uno de ellos entró á ver las pulgas sabias que enseñaba un francés en la feria, y observó que la más gorda de todas no hacía habilidades.

—Diga usted, ¿y ésta no trabaja?—preguntó el *baturro*.

—No trabaja hoy, porque está enferma—respondió el francés.

—Pues miste, ¡pa que no pene!

Y diciendo esto, la reventó con la uña del dedo pulgar en menos tiempo que se cuenta.

La gracia de nuestros compatriotas es inmediata, no tiene el rebuscamiento de *calembourg* francés, no se parece á nada.

—Narciso—le decía yo un día al malogrado Serra—vente conmigo, que voy á convidarte á café.

—¡Si te fuera igual dármelo en dinero!...

Y á veces, lo que el labriego español dice como gracia es pura sentencia.

Contábanle á un viejo labrador de mi país que un hombre político se había enriquecido en dos ó tres años.

—Pues yo nunca he visto—observó—crecer al río con agua clara.

Mientras *calembourgs* ó frases de doble sentido son, por lo general, profundos, terribles á veces.

El poeta Zárate tenía acribillado á chistes al

Conde-Duque de Olivares. Éste no le podía ver.

Decíase que Felipe II daba el mando del pais al de Olivares: encontráronse Zárate y él en el Pardo, y el Conde-Duque, contento con la esperanza de su próximo suceso, le dijo al poeta:

—Señor Zárate, ucé que lo sabe todo, ¿cuándo se acabará el mundo?

Y el poeta contestó respetuosamente:

—Cuando vuecencia mande:

Todas estas que pudiéramos llamar fruslerías del idioma, son de utilidad coleccionadas: el periodista, el autor dramático, el hombre de mundo, deben conocerlas, porque tienen aplicación en muchos casos, y del mismo modo que todos cantamos la copla poética y sentida que compuso sabe Dios quién y sabe Dios cómo, estos chistes corren, ruedan y vienen á pelo, como suele decirse, en varias circunstancias de la vida. Hazañas y Esteban Collantes han hecho de ellas mil veces el fondo de sus mejores discursos. Un chiste ha matado á veces á una situación ó á un personaje. La calumnia chistosa es la peor. El tuerto Pepe Botellas llamó toda la Nación á José Bonaparte, que, como decía con razón Mesonero Romanos, tenía los ojos hermosos y nunca bebió vino. De un personaje político dijo Correa que tenía el oidium, y todos los españoles le declaramos borracho sin serlo. Al mismo Bonaparte, de quien acabo de hablar, le presentaron un niño español en ple-

na fiebre de patriotismo, vestido de dragón francés.

—¿Para qué llevas ese sable?—le dijo el rey intruso.

—¡Para matar franceses!—respondió el muchacho.

Seriá interminable este prólogo y contendría más frases que el libro, si recordando hombres y cosas de nuestro hermoso país le continuara.

Termínole, pues, deseando que tenga para tí esta nueva floresta tanto éxito como en mis obras todas yo para mí deseo.

EUSEBIO BLASCO

París, 1.º de Abril de 1883.

CHISTES... INTERNACIONALES

Un músico muy malo que pretendía cantar y ganarse la vida, anunció en Cádiz un concierto.

Al efecto, había reunido cuatro ó cinco profesores que debían cantar y tocar con él.

El teatro estaba lleno; acabada la comedia, levantóse el telón y aparecieron los seis ejecutantes. Mi D. Manuel se adelantó al proscenio para cantar, mientras los otros debían acompañarle.

Una voz gritó:

—Nó, nó, ¡solo!

Y en seguida repitieron lo mismo cuatro ó seis voces.

D. Manuel, por complacer al público, hizo retirarse á los compañeros y volvió á adelantarse al proscenio.

—¡Nó! ¡nó! ¡nó! Usted solo—dijo todo el público á una voz.

El hombre creyó ya indispensable una explicación.

—Señores, me parece que estoy ya solo.

—¡¡No señor, que estamos aquí nosotros!!

—

Hay un poeta en Madrid al cual le huele muy mal la boca.

Un día que llegó tarde al ensayo,—exclamó:

—Señores, vengo sin aliento.

—Gracias á Dios,—dijo la Hijosa.

—

—Mi libro,—decía un escritor madrileño,—ha sido traducido á todos los idiomas.

....

—Menos al castellano!—exclamó un amigo muy franco.

—

La señora de... asegura que se encuentra muy mal, y hace venir al médico.

El doctor llega, la pulsa, la reconoce y por fin dice:

—¿Come usted bien?

—Sí, señor.

—¿Bebe usted bien?

—Sí.

—¿Duerme usted bien?

—Sí.

—Bueno; pues ya veremos la manera de que desaparezca eso.

En unos exámenes:

El Presidente: ¿Qué le daría usted á una persona que hubiese tomado una gran dosis de arsénico?

El examinando: Después de reflexionar un poco:

—¡La Extrema-Unción!

—

El colmo de la encuadernación.

—Empastar el libro del destino.

—

Un extranjero, deseoso de conocer á una linda actriz de París, de esas que ganan al mes trescientos francos y gastan seis mil, se fué á su casa y le dijo á la criada:

—¿Se puede ver á la señora?

—Está ocupada.

—No importa.

—Según lo que usted quiera.

—¡Dígale usted que sólo deseo verla cinco minutos!

—¿Cinco minutos? Francamente, es muy poco.

—

Se hacían colmos en un *atelier*.

El colmo de la velocidad.

—¡Llegar antes de salir!

—

El marqués de... ignoraba que su hija, para sorprenderle, aprendía el alemán.

El profesor era un hombre pobre, cuya ropa se hallaba ya en un estado deplorable.

El pantalón, sobre todo, se rompía por varios lados.

El marqués entra un día en el cuarto de su hija y encuentra al maestro.

—¿Qué hace aquí este hombre?

—Papá, viene á enseñarme el alemán.

—Al paso que va,—observa el marqués—te lo enseñará todo.

—

Estábamos en casa de un parisién que habita un precioso cuarto lleno de objetos de arte.

Entró una corista de los Bufos, recomendada por un amigo, y mientras el dueño de la casa leía la carta de recomendación, la muchacha se puso á contemplar una Venus de Milo.

—¡Ay, que lástima, no tiene brazos!—dijo.

—Se le rompieron en la mudanza,—contestó nuestro amigo.

—

En el club de la plaza Vendôme, hay un rinconcito de última hora, donde se comenta lo

que se acaba de oir en la ópera ó en casa de Fulana de tal...

Una noche decían:

—¿En qué consiste que la Baronesa de... va siempre á todas partes acompañada de su marido?

—Yo lo sé,—exclamó un concurrente;—me ha dicho que no abandona nunca á su esposo, porque cuando se separa de él le da mucha pena... ¡volver á encontrarle!

—

—¡Oh! este doctor,—exclamaba Dumas padre, tocando en el hombro al médico Gistal, célebre en Marsella y delante de mucha gente;—este doctor, desde que él visita, se ha cerrado un hospital...

—Gracias,—exclamó el doctor.

—¡Y se han hecho dos cementerios nuevos!—acabó el gran novelista.

—

Entre criados:

—Oye, Manuel, yo voy á servir en casa de los señores de Pérez; tú has servido allí el año pasado, ¿verdad?

—Sí, les he servido año y medio.

—Y... ¿qué tal?

—Son buena gente... á pesar de que tienen tres niños.

—

Un *yankee* duerme profundamente en un hotel de París.

—Perdone usted,—dice el criado,—si le despierto.

—Déjeme usted dormir.

—Es que el hotel se vende y los que quieren adquirirlo...

—Que me dejen dormir.

—Pero es que como van á comprarlo quieren verlo.

—Lo compro yo antes,—dice el *yankee* y se vuelve de lado.

Hora y media de sueño, doscientos mil francos (1).

—

Una *cocotte* á otra:

—Observa ese que viene en la victoria.

—¿Quién es?

—Es mi amante. ¿Qué te parece?

—¿Te quiere?

—Mucho.

—Pues me parece un tonto.

—

Dos niños acompañados de una *miss*, pasan por delante de la Casa de la Moneda.

—¡Mira que humo sale por la chimenea!—dice uno de ellos.

---

(1) Histórico.

—Naturalmente,—observa el otro,—estarán friendo las pesetas.

—

Un militar francés se pone á fumar en un vagón de primera.

Una señora que está enfrente de él comienza á toser y á protestar.

—¡Cómo!—dice el militar echándoselas de gracioso.—¿En su regimiento de usted no se fuma?

—¡En mi regimiento, sí; pero en mi compañía, nó!

—

—¿Es ese su yerno de usted, generala?

—Sí, señora.

—¡Pues está muy bien!

—¡Está muy bien, pero no conmigo!

—

Alfred de Musset fué un día á la Academia francesa.

—¿Está dentro Mr. Victor Hugo?—preguntó.

—No, señor—responde el portero,—pero puede usted pasar, porque...

—Nó, nó, gracias,—dice Musset marchándose.—¡Si no está ahí Victor Hugo, no hay nadie!

—

Los miembros del Jurado tienen á veces una sencillez... espantosa.

Uno de ellos decía en su casa, volviendo del Tribunal.

—Hoy hemos condenado á tres hombres á muerte. Lo que es *dos* de ellos, la merecían. (!!!)

—

Fulano de Tal ha llegado á los cuarenta y cinco años, pintando malos cuadros.

Su anciano padre, que en su tiempo fué pintor célebre, le decía ayer:

—¿No te da vergüenza? A los cuarenta y cinco años ya llevaba Rafael seis años de muerto.

—

En una feria de jamones de París, un salchichero puso una muestra en su tienda, que decía:

Salchichería de Alsacia y Lorena

El dueño, colocado á la puerta sobre una silla, gritaba:

—Entrad, franceses, entrad, el cerdo no tiene patria!

—

En la Bolsa.

Un agente habla con un comprador

—¡La verdad es,—dice,—que se nos calumnia por gusto! De todos los bolsistas que hay aquí, yo no conozco más que dos ladrones.

—¿Y quién es el otro?—preguntó el comprador sonriendo.

—

Manuel, escamado de la legitimidad de los cabellos de su mujer, le decía á un amigo:

—La he visto desnudarse, le caen por la espalda y le llegan á los talones.

Pues á la mía,—dice el amigo,—se le caen al suelo!

—

—Caballero, ¿podría usted indicarme una fonda de dos pesetas el cubierto?

—Si, señor; mire usted, ahí enfrente hay una.

—Muchas gracias; y las dos pesetas, ¿podría usted dármelas?

—

—Tenga usted cuidado con el viajero que acaba de llegar,—le dijo el dueño de un hotel al portero.—Hablará usted de él con gran respeto; es un archiduque.

Aquella noche, el portero, antes de retirarse, le dijo á su amo:

—El señor archiduque acaba de archillegar, se ha archipaseado y se está archiacostando.

—

En aquella misma comida (porque esto sucedió á los postres de un banquete), un comerciante, después de brindar por el autor de Monte-Cristo, se le acercó y le dijo:

—Quisiera merecer de usted una honra... la mayor para mí.

—Diga usted.

—Que nos tuteáramos.

—Bueno, empiece usted.

—No me atrevo á ser el primero.

—Pues lo seré yo: ¡Préstame dos mil francos!

—

Una actriz, á la cual decían que sólo leía libros obscenos, exclamaba:

—Nó: conozco algunos libros morales...

—Sí,—dijo uno de los concurrentes á su cuarto,—como los ladrones conocen á la Guardia Civil.

—

El coronel envía al asistente á ver qué hay por la noche en el teatro.

El cartel anuncia:

Muérete y verás.

El asistente vuelve y dice cuadrándose:

—Mi coronel... *¡Muérase usía y verá usía!*

—

Leonible Leblanc, la célebre actriz parisiense, tenía una doncella muy bonita.

Un día la doncella, llorando á lágrima viva, confesó á su ama que estaba... como el lector puede suponer.

—¿Quién es el culpable? ¿Quién es el seductor?—pregunta la actriz.

—El *pompier* del teatro.

—Pero desgraciada, ¿tú no sabes que lo cambian todos los días?

—

Monseñor Dupanloup fué á visitar el taller de un escultor de moda.

Éste así que oyó anunciar al arzobispo, le dijo á su modelo:

—Escóndete detrás de aquella cortina.

Monseñor entró y vió detrás de la cortina unos pies preciosos.

—¿Quién hay ahí?—dijo.

—Dispense vuestra eminencia, es la modelo, y como estaba un poco desnuda...

—¿Un poco, ó del todo?

—¡La verdad, señor, del todo!

—¡Que salga, que salga! En el arte, el desnudo es un traje como otro cualquiera.

—

Mademoiselle Mariani, del teatro Chatelet, me decía una noche:

—Ustedes, los poetas, dicen siempre que el primer paso es el que cuesta, y sin embargo, es el único que se da gratis.

—

El colmo de la frialdad en el delirio.

—Un escalo... frío.

—

Oído en las calles de la Coruña por un amigo mío:

Un mendigo:—¡Ay! ¡Quién se viera enfermo de gravedad!

Un transeunte:—Pero hombre de Dios, ¿para qué quiere usted estar malo?

El mendigo:—Para no tener ganas de comer.

—

Un malagueño baldado de reuma, había estado en todas las aguas y baños imaginables sin resultado.

—¿Por qué no prueba usted á visitar la Virgen de*** que es muy milagrosa?

El enfermo al principio dudó, pero tanto insistió el amigo en asegurarle que la Virgen haría el milagro que el baldado se puso en camino.

Después de diez y seis horas en ferro-carril, llegó al punto donde debía encontrar la salud.

Apoyado en sus dos muletas entró en la capilla, pero el suelo estaba recién fregado, una de las muletas resbaló, cayóse al suelo y se rompió una pierna.

Mientras lo levantaban para llevarlo al hospital, se volvió hacia la santa imagen y la dijo:

—¡Virgen Santísima, ya no quiero más que volver como vine!

—

El toro arremetió con un caballo, el picador se rompió dos costillas y se fué á la enfermería por su pie, pero el pobre iba encorvadísimo, con las manos en las caderas mirando al suelo.

—¿Se le ha perdío á osté argo?—gritó un sevillano desde el tendido.

—

Á la puerta de una casa de juego, puso un hombre arruinado este cartelito:

«Don Fulano de Tal, perdió ayer diez mil duros. Diez mil reales de gratificación al que se los presente.»

—

Se encuentran dos autores dramáticos:

—¿Cómo te ha ido desde que no te veo?

—¡Muy mal!

—¿Has estado enfermo?

—Nó, pero escribí un drama titulado *Los doce pares.*

—¿Y qué dijo el público?

—¡Que *nones!*

—

Algunos días después de la gran catástrofe de la Bolsa de París, un armero colocó este anuncio en su escaparate:

«Revólvers á mitad de precio.

Al alcance de los más tronados.»

—

En la Carrera de San Jerónimo:

—Señora, ¿me permite usted que la acompañe?

—No, señor, soy casada.

—¿De veras?

—Como que soy la esposa del óptico de la calle de***

—Vea usted, yo soy pintor; de modo que entre usted y yo podríamos hacer un cuadro.

—¿Y mi marido?

—Sin su marido de usted.

—¿Y qué cuadro quería usted hacer?

—¡Pues dicho se está que un cuadro *sin óptico*.

—

En un salón:

—¿Saben ustedes que Luis se casa con una duquesa?

—¡Bravo!

—En cambio, su hermano Perico se casa con su lavandera.

—¡Hombre!

Un autor dramático:

—No alarmarse, señores; Perico y Luis son gemelos.

—¿Y qué?

—¡Que los gemelos... acortan las distancias!

—

Al partir para América, Román le dice á su querida:

—Ya que me voy, dime la verdad: ¿me has engañado alguna vez?

—¡No, no te lo digo,—responde ella,—porque vas á hacer una travesía muy triste!

—

El director de una casa de locos le escribió á un abogado célebre de París:

«Si continúa usted diciendo que el regicida X*** está loco, suelto á todos los que tengo aquí, porque eso es una vergüenza para esta pobre gente!»

—

La hermosa modestia de Victor Hugo.

En una de las comidas semanales, uno de los convidados brindó por el dueño de la casa. Victor Hugo, inclinándose al oído de Coppèe:

—Si los dos poetas que hay en la mesa contestáramos á ese brindis... ¿eh?

—Aquí no hay más que un poeta—exclamó Coppèe con el mayor respeto.

—¿Y yo, no soy nadie?—dice Victor Hugo con sencillez encantadora.

—

Triple extracto de la galantería.

Fontenelle, á los ochenta y siete años tenía aún reputación de hombre galante.

En un baile pasó por delante de una preciosa muchacha sin verla.

—¿Pasáis sin mirarme?—dijo la amiga.

—¡Si te miro... no paso!—contestó Fontenelle.

—

—Duquesa, es usted injusta con el pobre Manuel.

—¡Me fastidia!

—¡La quiere á usted tanto!

—Yo no lo puedo ver.

—Es un hombre que se echaría al mar por usted.

—¿Y á mí qué? ¡Yo no pienso ahogarme nunca!

—

Moribundo el gran pintor Watteau llamó al cura de Nogent, y éste fué á confesarle con un Cristo de madera.

—¿Es posible—exclamó Walteau muriendo—que un artista hayá hecho á Dios tan feo?

—

Un viajero escribía á su mujer desde París el siglo pasado:

«Ayer estuve á visitar la Academia: había once caballeros; uno hablaba, otro oía, tres disputaban, y los otros tres se marcharon sin decir nada.

—

La mariscala Duras tenía reputación de protectora de las letras.

Una temporada marcó su predilección por un poeta muy mediano.

Los envidiosos, y esta vez con razón, murmuraban de este favoritismo.

Un académico se atrevió á decirle:

—Señora, hay en Francia muchos poetas notable, amigos de esta casa, que merecían con más títulos tanta protección.

Y la mariscala respondió:

Pero es que los otros no aprietan.

—

—¡Juan!

—¡Señor Marqués!

—¡Llévate ese caldo, está frío como la nieve!

—¡Es una aprensión del señor marqués; está tibio!

—Te digo que está frío.

—Lo he probado antes que V. E.

—¡Ah! ¿tú pruebas mi caldo?

—¡Señor!

—¿Conque te permites gustar mi caldo?

—Es decir, señor marqués, gustarlo, nó; no hago más que meter el dedo.

—

La marquesa de... ve los primeros indicios de fuego en su casa.

Llama, grita, pide socorro; pero hasta que llegan los primeros bomberos pasa una hora próximamente.

Al día siguiente, la marquesa, contando el accidente á una amiga, le dice:

—¡Mira que parece mentira: una casa donde hay tres doncellas, y no encontrar un hombre en media hora!

—

Una anécdota de la vida del presidente Garfield.

Entró un día en una capilla evangélica, á cuya puerta pedían limosna dos pobres.

Garfiet tomó la palabra, y acudiendo á los buenos sentimientos de los concurrentes, envió con un sacristán el sombrero para que corriese de mano en mano, á fin de hacer una colecta.

Diez minutos después, el sombrero volvía á su poder tan vacío como antes.

—Permitidme, señores, que os dé las gracias.

—¿Por qué?—preguntaron dos ó tres concurrentes riendo.

—¡Por haberme devuelto el sombrero!

—

En Etretat, y en el Casino, un bañista invita á bailar á una señorita.

—¡Voy á ver si me lo permite papá!

El bañista, sobrado parisién, encuentra ridícula la consulta, pero se resigna.

El papá examina un rato al parisién y da el permiso. Después el bañista es presentado, y el padre de la muchacha le dice:

—¿Tendremos el honor de que nos acompañe usted mañana á pescar cangrejos?

—Espere usted un poco, —dice mi hombre; que voy á pedirle permiso á mi mamá.

Y todavía lo están èsperando.

—

Durante el sitio de París, un hombre recorría las calles con dos cubetas de agua.

—¡A seis francos la cuba de agua! —gritaba.

De pronto el casco de una bomba le lleva una.

—¡A doce, á doce! —gritaba el comerciante.

—

Al día siguiente de haberse presentado al público por primera vez una actriz parisiense, hablaba su madre con un crítico que me ha contado este rasgo de franqueza:

—¿Cómo ha hecho Alicia su papel?

—Muy bien, señora, muy bien.

—¿Cree usted que será actriz?

—Y muy notable.

—¿La prensa y el público reconocen que tiene talento?

—Pues, ¿quién lo duda?

—Dígame usted la verdad con toda franqueza, yo la he dedicado al teatro porque todos me

han dicho que su talento es grande; porque comprenda usted que si no tiene talento... ¡prefiero que sea mujer de su casa! (1)

—

Duclos despreciaba siempre á alguien diciendo:

—¿Ese? ¡Es el penúltimo de los hombres!

—Y, ¿por qué no dices *el último?*—le preguntó un amigo.

—Por no desanimar á nadie.

—

El marqués de Marivanolt perdió un brazo en campaña.

Terminada la guerra, pidió una gracia á Luis XIV.

—Veremos, dijo el Rey.

—¡Si yo hubiera dicho lo mismo, — exclamó Miravanolt, — tendría mi brazo!

—

Un banquero, millonario improvisado, aficionado á dar de comer á sus admiradores, oyó decir á uno de ellos:

—Ayer comí en casa de la Duquesa *** donde estaba el poeta Grilo, que nos dió el gran postre con un magnífico soneto.

---

(1) Auténtico.

El banquero llamó al día siguiente á su cocinero, y le dijo:

—¿Cuando querrá Dios que me ponga usted soneto de postre, que los tiene cualquier duquesa?

—

Un *sportman*, muy conocido en París, se enamoró de una actriz que tiene reputación de muy fría.

A consecuencia de no sé qué desaire que el amante le hizo, Alice se echó á llorar. El amante muy contento, le dice á un amigo.

—¡Chico, Alice... llora!

—¡No, dice el amigo, *es que se deshiela!*

—

—Dime, Manuel,—preguntaba la mujer al marido,—¿qué diferencia hay entre un *accidente* y una *desgracia*.

—Espera que se vaya tu mamá y te lo explicaré.

La suegra se retira al poco rato, y el marido dice:

—¡Pues... si tu madre se cayera al pozo, eso sería un *accidente*; y si la sacaran viva... eso sería una *desgracia*.

—

Cuando Alfonso Karr logró éxito extraordinario en sus *Abejas*, los envidiosos, según costumbre, quisieron hacerle cruda guerra.

Uno de ellos decía en un periódico:

«Alfonso Karr no tiene gracia, ni sentido común, es un hombre muerto.»

Un amigo se lo encontró en la calle por aquellos días.

—Hola, Karr, ¿cómo va?

—Hace días que me morí; pero ya salgo un rato todas las tardes.

—

Un epitafio en el Père Lachaise:

«Esposa querida, espérame muchos años!»

—

La escena es en el último baile de la Duquesa de*** que es una de las personas más amables del mundo.

Sus preguntas, sobre todo, dichas con un aire de sencillez encantador, son célebres en la *High-life* madrileña.

Entra el general K***

—Buenas noches, Duquesa.

—Hola, general... ¿y la señora?

—Me encarga diga á usted la dispense si no puede venir, se sentía tan mal que acaba de acostarse...

—¿Sola?

—

Su majestad la Emperatriz de todas las Rusias, decían los periódicos oficiales, se ha dignado dar á luz un príncipe...

—Pues si no llega á dignarse parir,—decía Scholl,—¡sabe Dios lo que pudiera haber sucedido!

—

Un colegial perezoso oye á la cabecera de su cama la voz del pasante que le grita:

—¡Pero hombre, es posible! ¿Está usted durmiendo aún?

—¿Pues qué hora es?

—Las once.

—¿Las once? ¡Soy un miserable que no merece ver la luz del día!

Y metió la cabeza entre las sábanas, y durmió hasta las dos de la tarde.

—

Un diputado de la mayoría hablando con un compañero:

—¡Y usted sin abrir la boca en todo el año!

—Hombre, sin abrir la boca... no, porque en cuanto usted empieza á hablar, ya estoy yo bostezando.

—

—Señores,—decía en el Liceo de Málaga un predicador muy malo, pero convencido de su poco mérito—cuando el Padre Martín fué á predicar á Antequera, los albañiles dejaron por ir á oirle, las obras; los tenderos sus almacenes,

los empleados sus oficinas. Aquello era una huelga general.

Llegué yo, puse la población en orden. ¡Desde que supo mi llegada, nadie se movió de su casa!

—

La doncella de una actriz me ponderaba en cierta ocasión las excelentes condiciones de su ama.

—¡Se necesita tener muy mal carácter,—decía,—para no pasar las noches aquí!

—

—Señora, vengo á pedirle á usted la mano de su hija.

—¡Qué discurso!

—¿Por qué?

—¿Pretende usted que le dé mi hija?

—¡A menos que prefiera usted prestármela!

—

Conocidísimas son en Francia, y en París *sobre todo*, las bromas de Henri Monnier á sus amigos.

Una de ellas merece mención especial.

Fué de este modo:

Henri Monnier se presenta en una portería y dice:

—¿Está el Sr. Monnier?

—No vive aquí,—dice el portero.

—¿De modo, que no está?

—¿Cómo ha de estar?

—¡Como que soy yo!

El portero celebra la broma; al día siguiente, Monnier vuelve á presentarse, pero disfrazado.

—¿Está en casa el Sr. Monnier?

—No, señor, porque como no vive aquí...

—¿No está?

—¡Cuando digo que nó?

—¡Cuando yo le digo á usted que sí!

Y quitándose peluca y anteojos, se presenta de nuevo.

Al tercer día nuevo disfraz, y nueva pregunta y nueva broma.

—Como vuelva usted por aquí,—dice el portero,—no sale vivo.

Aquella misma noche, Monnier escribe cuarenta cartas á otros tantos acreedores.

Todas ellas dicen poco más ó menos: «He heredado y deseo pagar á usted. Me he mudado á la calle tal, número tantos, le espero á almorzar, el portero le dirá á usted mi cuarto.»

A la mañana siguiente, un caballero se acerca á la portería:

—¿El Sr. Monnier?

—¡Qué de estacazos y de carreras durante todo el día! El portero está ya loco, los amigos ó descalabrados ó en la prevención, y Monnier

en el Restaurant de enfrente, mirando detrás de la cortina y diciendo:

—¡No va á quedar uno!

—

El colmo de la economía de un cocinero.

—¡Cortar lonjas de jamón, que no tengan más que una cara.

—

Entre un escultor y el alcalde de un pueblo:

—Señor alcalde, ¿cómo quieren ustedes el Cristo, muerto ó vivo?

—¡Hombre, no se nos había ocurrido!

—Yo lo haré como el Ayuntamiento quiera.

—¡Hágalo usté vivo, que si er pueblo lo pide, ya lo reventaremos.

—

El mismo alcalde decía:

—La primera vez que lo fuí, hice er movimiento del pilar pa las bestias.

—¡Olé!

—Metí en un ringlera los orificios, pa la escuela alimental.

—¡Hombre!

—¡Y puse una clase de adulteros por la noche!

—

Un juez acaba de instruir las primeras diligencias, en una casa donde la señorita se ha envenenado, comiéndose dos cajas de cerillas.

En la escalera, el Juez saca un cigarro y le dice á la criada que va acompañándole:

—¿Tiene usted un fósforo?

La criada llorando á lágrima viva:

—¡No señor, la señorita se los ha comido todos!

—

Un perezoso hablando con un avaro:

—Es un placer tener el sueño tranquilo como lo tengo yo. En el mismo sitio de la cama en que me duermo, allí me despierto.

No solamente es un placer;—dice el avaro—sino que es una economía, porque así se usan menos las sábanas.

—

Entre porteras:

—Se acerca el día de los aguinaldos y hay que tener contentos á los inquilinos.

—Yo los tengo contentísimos á todos.

¿Pues qué hace usted?

—Siempre que pasan por la portería, les detengo y les hablo mal de sus suegras.

—

La señora de López, despertándose á las nueve de la mañana y dirigiéndose á su marido:

—¿A qué hora viniste anoche, querido?

El marido:

—A las doce y un poco más:

La señora:

—¡A las doce y doscientos cuarenta minutos!

—

En el Ministerio de la Guerra:

Un pretendiente que quiere ver al Subsecretario temprano, va á las siete y media de la mañana, y encuentra á un portero barriendo.

Mientras el Subsecretario, que ha pasado la noche en el ministerio se despierta, el pretendiente hace amargas reflexiones.

Nota que el portero que barre, lleva en la levita la cruz de San Fernando.

—¡Vea usted,—dice el hombre hablando consigo mismo,—un antiguo soldado, un héroe, teniendo que barrer!

El portero acaba su tarea, se marcha y vuelve con una levita vieja.

—¿Le ha da dado á usted vergüenza que le vea yo con aquella venerable cruz y barriendo, verdad?—Dice el pretendiente.

—No, señor, sino que para barrer... me pongo la levita del Subsecretario.

—

En la Bolsa:

—¡Pícaro! ¡Petardista! ¡Ladrón!

El ofendido por estas palabras va á buscar á un amigo, y le dice:

—Me harás el favor de ir en mi nombre á desafiar á Fulano.

—¿Por qué?

—Acaba de llamarme ladrón.

—¿Bien, y qué?

—¿Cómo y qué?

—¿Te has ofendido? ¿Eso ha sucedido aquí dentro de la Bolsa?

—Sí.

—Pues no hay de qué ofenderse. Ladrón no es una ofensa, es una profesión.

—

—¡Qué manía tan rara esta de las colecciones!—exclama en el Casino de Madrid, un socio conocido por lo *blanco*. Yo tengo un amigo que ha empezado á coleccionar guantes derechos...

—¿Y qué hay en eso de extraño?—observó un oyente. — ¿No eres tú coleccionador de bofetadas?

—

En una feria había un domador tan sumamente flaco, con una cara tan triste, que uno de los espectadores, al verle entrar en la jaula, exclamó :

—¡Ya sé á lo que entras! ¡A comerte los leones!

—

Ello es que el pobre lego de franciscanos tenía razón para quejarse cuando en el rigor del invierno se levantaba á las seis de la mañana para tocar al alba.

¡Hacía mucho frío en aquel convento!

Era muy duro ir á coger la cuerda que pendía de la campana y comenzar el *¡dón! ¡dón! ¡dón!* que debía despertar á los franciscanos.

Por eso, sin duda, una mañana, después de tocar, y con un catarro horroroso, solo por aquellos claustros helados, iba diciendo con cierto acento de hombre desengañado de su oficio:

—¡Con esto y con que no haya habido nunca semejante San Francisco!

—

Epitafio filosófico sobre la tumba de un ciudadano:

¡Nació, creció, se casó... y se murió!

—

Viajando el actor Foote por Inglaterra, se detuvo en una posada, donde comió tan bien, que exclamó satisfecho:

—Pues señor, he comido con un gusto como nadie.

—Excepto el señor alcalde, — observó el posadero.

—No hago excepción alguna,—insistió Foote.

—Ha comido usted con más apetito que todos los ingleses, excepto el señor alcalde.

—¡Le digo á usted que con más apetito que el alcalde y que todos los alcaldes del mundo!

—Se armó una disputa tan acalorada, que llevaron ante el alcalde al actor.

—Señor mío,—le dijo la autoridad local,—es costumbre inveterada en este pueblo de exceptuar siempre á su alcalde en todas las ponderaciones. Ha incurrido usted en la pena de un scheling de multa.

Foote sacó de su bolsillo el scheling, lo arrojó sobre la mesa, y antes de marcharse, exclamó:

—¡No he visto en todos los días de mi vida un posadero más bestia, exceptuando al señor alcalde!

—

Revista de policía en el cuartel del Soldado.

El sargento á un quinto:

—¡Vaya unas manos! ¿No le da á usted vergüenza tener unas manos tan descuidadas?

El quinto:

—¿A esto llama usted descuido? ¡Esto no es nada! ¡Si me viera usted los pies!

—

En París, al que hace trampas en el juego se le llama *griego*.

A un acreedor se le llama, como en España, un *inglés*.

A un hombre sin casa ni hogar, un *bohemio*.

A un bruto, un *cosaco*.

Al borracho, *polaco*.

Al que es celoso, le llaman siempre un *español*.

Lo que no he podido entender es por qué se le llama el *prusiano* á aquella parte del cuerpo que usa las sillas como ninguna.

—

—¡Suelta el dinero! —gritó un hombre mal encarado deteniendo en una calle desierta á mi amigo X***

—¡Suelta el dinero —añadió — ó me obligará á hacer lo que no he hecho en mi vida!

X*** dió el dinero que llevaba.

—¿Qué iba usted á hacer?—dijo después—¿asesinarme?

—No, señor; trabajar.

—

Muchas gentes creen que han sufrido porque han hecho sufrir.

Los peores enemigos de la religión son sus intérpretes.—Si yo fuera Dios—decía un creyente—citaría ante el juzgado á los devotos por injuria y calumnia.

—

Un fastidioso preguntón importuno detiene en la calle á Alejandro Dumas (hijo), que va muy de prisa.

—¿Sabe usted que mi niño me dice ya *papá*?

—¡Sí—contesta Dumas—lo dice, pero no lo cree!

—

Leonide Leblanc, la célebre actriz parisiense, comenzó desde niña á dar pruebas de su talento.

Guardaba todos los cuartos que le daba su madre, sin gastar absolutamente en nada.

—¿Para qué guardas el dinero?—le preguntó un día su mamá.

—¡Porque con él, cuando sea grande, me compraré un hombre como mi primo!

—

En Rusia hay censura de teatros, y al repasar el censor una comedia en que uno de los personajes pide un *beaftek*, puso esta nota:

—Se ordena que en los días de vigilia, el actor pida en lugar de *beaftek* un plato de pescado.

—

En la Bolsa:

—Estos valores no son muy católicos.

—¡Conviértalos usted!

—

Provervios chinos:

—Cien hombres, cien lenguas.

—El que tiene la bandera es el que la agita.

—Más vale ser mendigo que huérfano.

—Reuniendo sus fuerzas las hormigas arrastran á un buey.

—El árbol ama el reposo, pero el viento se opone.

—Nacer es salir, morir volver á casa.

—

Un caballero que va en un coche:

—¡Cochero! ¿Qué demonio de caballo es ese que no anda seguido?

El cochero:

—¡Qué quiere usted, me conoce tan bien, que en cuanto ve una taberna se para!

—

Llega un forastero á la quinta de unos amigos, y en la que ha de pasar un par de semanas.

La doncella le enseña su cuarto y le dice:

—A cualquier hora del día ó de la noche que usted me necesite, me llama.

—

—Decíanle á un perezoso, que además estaba muy tronado:

—¿En qué empleas tu tiempo?

—Pues... por la mañana así que me levanto, llamo.

—¿Pero... tienes un criado?

—¡No, pero tengo una campanilla!

—

Una florista y un poeta en el pórtico de un teatro:

—¡Tome usted unos pensamientos, que buena falta le hacen!

—

Balzac entró un día en casa de su editor.

—Voy á hacerme una casa de campo, —le dijo,—que no ha de haberla igual en los alrededores de París, ¿qué digo en París? ¡en Francia!

—Una casa grande, con un jardín inmenso, un piso bajo independiente donde trabaje á mi gusto. Arriba los salones para las fiestas que pienso dar... mire usted, el plan de la casa es éste.

Y comenzó á dibujarlo con un lápiz.

—Eso le va á costar á usted muy caro,—dijo el editor.

—Ya lo tengo calculado.

—¿Cuánto?

—Un millón de francos, próximamente.

—Pero no empezaré los cimientos hasta Septiembre. Entre tanto, querido, ¿quiere usted hacer el favor de adelantarme cien franquitos?

—

Entró un fraile nuevo en un convento. Era el mes de Enero, y á eso de las tres de la mañana comenzó á oir tal ruido de campanillas que el hombre no durmió pensando en lo que ocurriría.

A la mañana siguiente lo primero que hizo fué preguntarle á otro fraile:

—¿Diga, hermano, qué campanillazos eran esos de la noche pasada?

—Ay, hermano, la carne es flaca y está mandado que siempre que los frailes pequen, toquen la campanilla para auyentar al diablo.

—¡Pues si eso es en Enero,—dijo el novicio,—qué será en primavera!

—

Una dama madrileña decía una noche:

—Me he encargado á París unas camisas todas de encaje.

—¡Señora, usted se ha equivocado, lo que debía usted encargar es una camisa de fuerza (1).

—

Allá en un pueblo de Galicia, vivía un pobre labrador que á fuerza de trabajar había llegado á ahorrar veinte duros.

Su mujer cayó enferma. El marido desconso-

(1) Histórico.

lado, llamó al médico, que desde el primer momento auguró un fatal resultado.

El labrador sacó de su arca un bolsillo donde guardaba toda su modestísima fortuna.

—Que cure usted ó que mate á mi pobre mujer, esto ha de ser para usted, porque sin ella no quiero nada.

La mujer murió; y el doctor, después de dejar pasar quince ó veinte días, montó en su caballejo y fué á la miserable vivienda del gallego.

—¿Qué trae el señor médico?

—Amigo Domingo, vengo por mi cuenta, si en ello no le hago perjuicio.

Domingo fué al arca y sacó el bolsillo de los veinte duros.

Al doctor se le hacía agua la boca.

—Dígame la verdad, ¿mató á mi mujer?

—¡Cómo! ¿matarla yo? ¡nunca!

—¿La curó?

—Desgraciadamente no, puesto que ya pudre.

—Pues entonces, —dijo Domingo guardando la bolsa,—no le debo á usted nada.

—

—¿Será posible que yo no pueda derrotar nunca á ese demonio de jorobado?

Así hablaba un general enemigo hablando del mariscal de Luxembourg.

Cuando éste lo supo, cuentan que exclamó:

—¿Cómo sabe si soy jorobado? ¡Nunca me ha visto la espalda!

—

Gil Pérez, el famoso actor francés, hacía en Palais-Royal una comedia con Bressant, otro gracioso célebre.

Gil Pérez hacía un criado viejo. Bressant le llamaba, y al mismo tiempo de salir á escena, Jacinto le quitó la peluca.

El pobre Pérez salió sin peluca, por no perder tiempo.

—¡Señor!—dijo presentándose.

Y Bressant al verle rejuvenecido exclamó:

—¡No es á tí á quien llamo, es á tu padre!

—

En una primera representación, y después de tres actos interminables y, muy malos, cuando ya la obra parecía acabarse, sonó un tiro dentro.

—¡Ha hecho bien!—gritó un espectador.

—¿Quién?—preguntó otro.

—El autor. ¡Se ha pegado un tiro!

—

En el tribunal.

El presidente al acusado.

—Es ya la quinta vez que viene usted aquí por ataques en la sombra...

—No señor, esta última vez había luna.

—

Anuncio constante en la playa de Trouville:

«Todo bañero ó particular que se decida á salvar á una señora en peligro de ahogarse, la cogerá por los vestidos y no por los cabellos, en vista de que generalmente se quedan en la mano.

—

En una casa de cierto callejón sin salida.

Un joven con cierta timidez, dirigiéndose á la portera:

—¿La señorita Gabriela?

La portera:

—¡Han salido todas!

—

Se presenta un sujeto á pretender una plaza de profesor en una casa particular, y exhibe sus títulos.

—¿Tiene usted veinticinco años?—dice el padre de familia.

—No señor veinticuatro.

—Perdone usted, aquí dice veinticinco.

—¡Bien, pero el año que estuve en presidio no se cuenta!

—

—Doctor ¿cómo encuentra usted á mi mamá política?

—Mal, muy mal. No me gusta nada.

—¡Menos me gusta á mí!

—

El viejo Conde de... averigua que su criado tiene cuatro mil duros.

El Conde, se cree robado.

—¡Ahora mismo me dices de dónde procede ese dinero, —exclama, —ó te entrego á la justicia!

El criado se resiste á decir la verdad. Por fin, viendo que su amo va á entregarlo al juez dice:

—Cuando la señora condesa, que en paz descanse, tenía relaciones con el general... todas noches al entrar á deshora, el general me daba cuatro duros. Cuente usted mil noches en tres años y medio...

El Conde se cae de espaldas.

FIN DEL TOMO XII

INDICE

FLAQUEZAS HUMANAS

ELLOS Y ELLAS



